La Novela Corta

141

EL ALCAZAR DE LAS PERLAS

Poema en cuatro actos

POR

Francisco Villaespesa

10 cts.

Número Extraordinario

Año I — Madrid, 3 de Junio de 1916 — Núm. 22

La Novela Corta

REVISTA SEMANAL LITERARIA

Publica los SÁBADOS una novela rigurosamente INÉDITA

Fundador y Director: José de Urquía

COLABORADORES ÚNICOS

LOS INSIGNES NOVELISTAS Y DRAMATURGOS

Galdós.-Benavente.-Pardo Bazán.-Octavio Picón.-Eugenio Sellés.-Guimerá. Valle Inclán.-Baroja.-Blasco Ibáñez.-Alvarez Quintero.-Martínez Sierra.-Azorín.-Dicenta.-Linares Rivas.-Manuel Bueno.-Marquina.-Gómez Carrillo.-Ricardo León.-Trigo.-Rusiñol.-Pompeyo Gener.-Unamuno.-Salvador Rueda. Federico Oliver.

LOS PERIODISTAS ILUSTRES

Bonafoux.-Zamacois.-Cristóbal de Castro.-Parmeno.-Zozaya.-Pérez Zúñiga. Colombine.-Francés.

POETAS Y PROSISTAS AMERICANOS

Santos Chocano.-Leopoldo Lugones.-Amado Nervo.-José Rodó.-Vargas Vila.

Y LOS JÓVENES MAESTROS

Prudencio Iglesias. - Eugenio Noel. - Pedro de Répide. - Villaespesa. - Alberto Insúa.-Carrere.-Hoyos Vinent.-Belda. García Sanchiz.-Pérez Ayala.-San José.

Esta Revista no acepta otros trabajos que los de sus **colaboradores ÚNICOS**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID Y PROVINCIAS		EXTRANJERO	
Semestre	1.50 ptas.	Semestre.....	3.— ptas.
Año	3.— »	Año	6.— »

No se acepta el pago en sellos

Administración: Luna, 27, Madrid - Apartado 498 - Teléfono 5224

El sábado 17 de Junio, LA DAMA DE URTUBI, por

PIO BAROJA

El 15 de Julio, NADA MENOS QUE TODO UN HOMBRE, por

UNAMUNO

En breve: Condesa Pardo Bazán, Guimerá, Alvarez Quintero y Eugenio Sellés

Prohibida la reproducción del texto.

1-Z-603/41

R-42764

El Alcazar de las Perlas

Leyenda trágica en cuatro actos y en verso.

POR

FRANCISCO VILLAESPESA

PERSONAJES

Sobeya.—La Sultana Aixa.—Leila Hassana.—Zahara.—Fátima.—Alhamar (Emir de Granada.—El Príncipe Muhamad (su hijo).—Abu Ishac (Walí de Comares).—Azhuna (Alarife).—Aly Ben Ibrahim (Gran Vazir).—Abul Beca (Alcatib).—Omar (Walí de Málaga).—Aben Fat (Médico).—Muruam (Walí de Granada).—Ayub (Comerciante).—Abul Hassan (Walí de Guadix).—El Astrólogo.—Ozmín.—Aliatar.—Un capitán.—Un esclavo.—Un paje.

ACTO PRIMERO

Salón del trono en el antiguo alcázar de Habuz ben Zavi, en el Albaicín, cuyo fasto evoca la fabulosa magnificencia de las célebres Cortes de Damasco y Bagda.

Veinticuatro columnas esbeltas y gráciles cual palmeras de mármol, sueltas ó en grupos de tres, unidas en caprichosos arcos de herradura del más puro estilo árabe, trabajadas á cincel, como joyas, sostienen la amplia bóveda resplandeciente, constelada de estrellas de oro como las noches profundas y serenas del Yemen. En los encajes de los muros, esmaltados de oro, añil y púrpura, en pequeños cuadros formados con cintas y ataurascas, campean esculpidas las armas de los fundadores. Una espléndida fesifisa decora con los vivos tonos de sus grecas, alizarces, flores y plantas trepadoras, el estuco bruñido de los muros. Y por todas partes serpentean elegantes caracteres cúficos, prodigando alabanzas al sucesor de Zavi, repitiendo versículos de las Suras Koránicas y estrofas de los más célebres poetas.

A la izquierda, bajo un dosel de púrpura bisonada, se alza el trono, esculpido en el más puro oro del Darro, que sostienen—á la manera persa—dos leones, cuyas cabezas sirven de brazales, y cuyas pupilas despiden fulguraciones de rubíes. A la derecha dos grandes puertas de arco, trabajadas en marfil y cedro, con arabescos y herrajes de plata, descansan sobre pilares de mármoles de colores y pequeñas columnatas de cristal. Al fondo, una galería donde tres amplios ajimeces se abren sobre los jardines y las fértiles riberas del Darro. Por sus huecos, sobrenadando en el oro del crepúsculo, flota, como una isla de fabulosas esmeraldas, el verdor perenne de la Colina Roja.

Suavizan la dureza del pavimento de pórfido, muelles y suntuosas alcatifas persas, donde los más bellos sueños del amor y de la guerra se dibujan nítidamente entre la monstruosa lujuria de la flora oriental. Cuatro pebeteros de oro, en forma de cálices de loto, se alzan en los cuatro ángulos del salón, sobre trípodes de plata oxidada, impregnando el aire con los más pesados y litúrgicos perfumes del Oriente: el incienso, la mirra, el nardo, el áloe y el benjuí. El humo vela la estancia en una neblina de ensueño.

Rumores de guzlas lejanas y canciones perdidas ondean en la brisa. Todas las flores de la primavera, en búcaros de bronce de la India, en pequeñas canastillas de plata y en guirnaldas y festones que penden de los muros, derraman en el aire su aliento vegetal y fragante. Y siempre, acompañando con su voz de cristal á los que conversan, resuena la música del agua que lagrimea en los surtidores y borbota en las fuentes. Por el hueco del ajimez de la izquierda se ve el hilo saltarín y fúlgido de un surtidor que se desgrana en el azul como una sarta de perlas que se rompe. Y el salón todo, con sus mosaicos, sus azulejos, sus alicatados, las columnas y los adornos, evoca la visión patriarcal y guerrera de una tienda nómada del desierto, alzada sobre troncos de palmeras y recamada de colchas y tapices multicolores, con todo el oro, y las joyas y las armas de un príncipe oriental, magnánimo y fastuoso.

ESCENA I

AIXA, SOBEYA, LEILA HASSANA, ZAHARA, FATIMA y ESCLAVAS

AIXA, en la galería del primer término de la izquierda, dormita sobre ricos almohadones de damasco, bordados de perlas, en amplio diván de seda turquí, con arabescos y flecos

de oro. LEILA HASSANA vigila su sueño, agitando suavemente un largo abanico de plumas de pavo-real. SOBEYA, ZAHARA y las otras damas contemplan extasiadas los prodigios del patio.

Todas hablan en voz queda, temerosas de despertar á la Sultana, acordando sus voces á la música del agua.

Las esclavas salen y entran silenciosamente. Unas tejen guirnaldas de flores y las suspenden de los arcos; otras desenrollan velos tan finos como el viento, haciéndoles flotar al sol. Algunas preparan canastillas de frutas y bandejas de confituras. También arrojan perfumes en los pebeteros, ó muestran á la luz resplandeciente, en ricos cofrecillos de plata cincelada forrados de seda carmesí, el vivo relampagueo de las joyas: ajorcas, collares, diademas, brazaletes, pectorales y cintillos. Otras acarician sus instrumentos de cuerda: guzlas, arpas, laúdes y cítaras.

LEILA

¡Silencio!... Sale la aurora.
Va á abrir Aixa sus pestañas.

Aixa se estremece en sueños. Leila Hassana se vuelve á las damas y les dice, quedamente, con el índice enjoyado sobre el labio, en un grácil gesto de silencio.

Templa tu guzla, Sobeya.
¡Cautivas, pulsad las arpas!
Fátima, en los pebeteros
vierte pastillas de ámbar.

Todas se aproximan sin hacer ruido, como sombras de seda.

Las esclavas, en un ángulo de la derecha, permanecen apoyadas en sus instrumentos.

Fátima se retira, y tomando de manos de una esclava un joyero de oro forrado de seda turquí, extrae de él dos pastillas de ámbar y las arroja en pebeteros que arden junto al diván donde reposa Aixa. Sobeya templa la guzla, y se coloca bajo el primer arco de la izquierda, seguida de tañedoras de guzlas, arpas laúdes y cítaras. Zahara se aproxima al lecho de Aixa. Esta despierta. Entreabre perezosamente los párpados y se queda un momento absorta, como soñando de nuevo, apoyada en el codo sobre los ricos almohadones. Empieza una música lenta y suave.

Arrodillándose ante Aixa.

¡Feliz el sueño que pudo
á besos, dejar cerradas,
esas pupilas que son
claros soles de Granada!

ZAHARA

Arrodillándose ante Aixa.

¡Dichosa tú que despiertas
de un bello sueño, y te hallas
como soñando de nuevo
en el sueño de esta estancia!

LEILA

¿Acaso el labio de un genio
á medias una palabra
dejó en tu oído, y quisieras
que de decirla acabara?

ZAHARA

¿Tal vez abriste los ojos
cuando una mano estrechabas,
y quieres sentir de nuevo
su presión sedosa y cálida?

LEILA

¿O anhelas que al cuerpo vuelva
otra vez entera el alma,
y que huyan de tus sueños
los intangibles fantasmas,
como las sombras nocturnas
huyen de la luz del alba?

ZAHARA

¡Pues, habla; di lo que quieres
que ante tus plantas postradas,
tus siervas para atenderte
sólo tu señal aguardan!

SULTANA

Se incorpora perezosamente.

¡Al arrullo fugaz de esas fuentes,
se ha dormido, soñando, mi alma!
Me dormí sin sentir, cual si una
leve mano muy fina y muy blanca,
con sus dedos de rosa y de seda
lentamente mis ojos cerrara.
¡Es tan dulce y suave este am-
[biente!
¡Es tan rica y fragante esta estan-
[cia,
que á dormir nos invita, soñando
con quiméricos cuentos de Hadas!

Se detiene un instante, incorporándose un poco. Pasea la mirada en torno suyo, como buscando á alguien.

¡Oh, Sobeya, placer de mis ojos,
amistad perdurable del alma!
¿Dónde estás que tu voz no acaricia
mis oídos que ansiosos te aguardan?

SOBEYA

¡Esperándote estoy... Un espía
con la oreja á la tierra pegada,
es mi vida, acechando en las som-
[bras
el ligero rumor de tus plantas!

Deja la guzla y se aproxima á Aixa. Se postra de rodillas, y cogiendo entre las suyas la mano de la Sultana, la cubre de besos. Luego, con la mano aún junto á los labios, murmura, dejando escapar las palabras entre los dedos enjoyados.

Esperando que abrieras los ojos,
esos ojos que son como el alba
que disipa inquietudes y sombras,
de la guzla las cuerdas templaba.

¡Oh, Sultana, tu amor me ha lla-
[mado
y á mi pecho de orgullo embriagas,
y mi vida se esconde en tus dedos
como una paloma asustada!
Tu cariño es la estrella que guía
por senderos sin fin mi ignorancia,
el Arcángel que escuda mi pecho
de la vida en las rudas batallas,
y el Oasis que ofrece á mis labios
el sonoro frescor de sus aguas.
Por pagar ese afecto, quisiera
ser clavel en tus trenzas castañas,
una perla en los ricos collares
que circundan tu ebúrnea garganta,
y uno de esos anillos que fulgen
en tus manos tan tenues y blancas,
cual jazmines bañados de luna
ó azucenas en vasos de plata.
Di ¿qué pides? ¿Qué anhelan tus
[ojos?
¡Tus mandatos tus siervas aguar-
[dan!

SULTANA

Cariñosamente, como enajenada por tanta belleza.

¡El Señor ha signado mi frente!
Alhamar sobre todas me ama;
á una noche vestida de estrellas
el fulgor de mis joyas iguala:
los poetas celebran mi nombre
y los genios me han dado esta es-
[tancia,
como nunca, ni en sueños siquiera,
contemplaron pupilas humanas.
¡Ya que Dios nos ha dado la dicha
de sus dones gocemos sin tasa!

Pausa breve. Se levanta, dirigiéndose á Sobeya.

Dime ahora, Sobeya, una de esas
amorosas gacelas tan lánguidas
que parecen suspiros de amores
que de labios unidos se escapan!

SOBEYA

Recitando en el centro de la escena.

¿Conoce alguien el amor?
El amor es sueño sin fin...
Es como un lánguido sopor
entre las flores de un jardín.
¿Conoce alguien el amor?
Es un anhelo misterioso
que al labio hace suspirar.
Torna al cobarde en valeroso
y al más valiente hace temblar.
Es un perfume embriagador
que deja pálida la faz.
Es la palmera de la paz
en los desiertos del dolor...
¿Conoce alguien el amor?
Es una senda florecida...
Es un licor que hace olvidar
todas las glorias de la vida,
menos la gloria del amar.
Es paz en medio de la guerra,
fundirse en uno siendo dos...
¡La única dicha que en la tierra
á los creyentes les da Dios!
¡Quedarse inmóvil y cerrar
los ojos para mejor ver,
y bajo un beso adormecer,
y bajo un beso despertar!
Es un fulgor que hace cegar...
Es como un huerto todo en flor
que nos convida a reposar...
¿Conoce alguien el amor?

SULTANA

Sobeya, ¿qué ruiseñor
doliente y enamorado,
esta noche te ha enseñado
esa gacela de amor?

LEILA

Bella, muy bella es, Sobeya,
la letra de esa canción;
por eso, por ser tan bella,
requiere contestación.

A una señal de asentimiento de la Sultana, Leila Hassana recita,

¡Todos conocen el amor!
¡El amor es como un jardín
envenenado de dolor,
donde el dolor no tiene fin!
¡Todos conocen el amor!
Es como un áspid venenoso
que siempre sabe emponzoñar
al noble pecho generoso
donde le quieren calentar!...
Al más leal hace traidor...
Es la ceguera del abismo,
y la ilusión del espejismo,
en los desiertos del dolor...
¡Todos conocen el amor!
¡Es laberinto sin salida,
es una ola de pesar
que nos arroja de la vida
como a los náufragos el mar!
Provocación de toda guerra,
sufrir en uno lo de dos...

¡La mayor pena que en la tierra
a los creyentes les da Dios!...
Es un perpetuo agonizar,
un alarido, un estertor,
que hace al más santo blasfemar...
¡Todos conocen el amor!

ZAHARA

Pausa breve.

Aixa, para tu gusto, ¿cuál la más
[bella ha sido?

SULTANA

Bellas, casi tan bellas, las dos ga-
[celas son.
La primera es de un pecho virginal
[el latido
y la otra es como el último latir de
[un corazón...

ESCENA II

Dichos, UN ESCLAVO, que penetra por la puerta de la izquierda y se inclina ante la Sultana.

ESCLAVO

Sultana, en el rico patio
que es orgullo de este alcázar,
para ofrecerte las flores
de tús cármenes, te aguardan
temblorosas de impaciencia;
las doncellas de Granada.

La Sultana se levanta, y seguida de las damas, desaparece por la izquierda. Suenan músicas lejanas.

ESCENA III

El ESCLAVO y SOBEYA

ESCLAVO

Deteniendo á Sobeya al salir.

Sobeya, tengo que hablarte.

SOBEYA

Esclavo, dime ¿qué pasa?
¿Has visto a Azhuna?

ESCLAVO

Le he visto
por esos bosques. Vagaba
como un loco.—Di a Sobeya,
único amor de mi alma,
que esta tarde he de mirar
cumplidas mis esperanzas!
—me dijo,—y entre los árboles
se perdió como un fantasma.

SOBEYA

Pues vuelve, esclavo, á decirle
que espere, que tenga calma,
que sus locuras de hoy
serán glorias del mañana;
y que esta noche le espero
bajo la luna, apoyada
en el ajimez que el Darro
refleja en sus claras aguas.

Sale el esclavo por la izquierda. Sobeya se va por el fondo y Abu Ishac, que habrá aparecido durante las últimas palabras en la galería, la detiene bajo el arco del centro.

ESCENA IV

SOBEYA y ABU ISHAC

ISHAC

Acercándose á Sobeya. Su voz tiembla de emoción. Habla brusca y atropelladamente, como si temiese que se le escapasen las palabras.

¡Sobeya!... Escucha, por favor.
[¡Detente!
Jamás mi corazón tembló por nada.
¡Yo, que ante nadie doblegué mi
[frente,
hoy me acobardo y tiemblo a tu mi-
[rada!
Y por más que en mi auxilio invoco
[y llamo
las palabras más dulces, sólo puedo
decirte rudamente que te amo
con amor que a mí mismo me da
[miedo.
Yo no sé tiernos versos. No procla-
[man
la gracia de tu nombre mis cancio-
[nes...
¡Yo tan sólo sé amarte como aman
a sus hembras, celosos, los leones!
Cuando escucho tu voz ni a hablar
[me atrevo;
a tu vista se bajan mis pestañas,
¡pues desde el día en que te vi te
[llevo
clavada como un dardo en mis en-
[trañas!
Di que tu afecto mi ilusión com-
[parte,
una sola palabra di en mi abono,
¡y mi brazo será capaz de alzarte
sobre las gradas del más alto trono!

SOBEYA

Sorprendida por la rudeza y la intensidad de la voz de Abu Ishac, se queda un instante muda, y después le contesta débilmente, confusa, con dulzura tranquila, pero irrevocable.

Abu Ishac, si pudiera
corresponder tu amor,
honra en ello tuviera.
Tu espada es la mejor
espada de Granada...
¡Tú eres digno de ser

la quimera soñada
de un alma de mujer.
Mas yo aspirar no puedo
con tu amor a soñar.
Tu gloria me da miedo...
Tú puedes encontrar
entre las damas, una
más digna que comparta tus hono-
[res...
¡Prosigue tu fortuna
y olvida, para siempre, mis amo-
[res!

ISHAC

Exaltándose.

¿Quién más digna que tú?
[¿Quién más preciada
ante los ojos del amor, si eres
—¡oh, mi luz!—entre todas las mu-
[jeres
lo que entre las ciudades es Gra-
[nada?
No destruyas cruel mis esperanzas,
ni rechaces mis nobles ambiciones...
¡Fuera de ti me acechan los leones
las espadas, las flechas y las lan-
[zas!
Yo seré por tu amor el más osado
de todos los muslímicos guerreros...
¡Soy hijo de la Muerte, y los aceros
para darme reposo se han forjado!

Exaltándose.

¡Haz que rendida a mi pasión te
[vea!
¡Muéstrame solamente un caballero
que en la lucha mejor vibre su
[acero
y que más digno de tus gracias sea!
Yo no soy como antes. Era rudo;
era mi corazón de piedra dura...
¡No tuve más amor que mi arma-
[dura,
mis armas, mis corceles y mi es-
[cudo!

SOBEYA

Compasivamente.

¡Oh, no!... Yo no quisiera
verte sufrir así,
y si pudiera amarte te amaría.
Pero tu amor no es más que una
[quimera...
Has soñado, Abu Ishac; mas vino
[el día
y disipó tu ensueño... ¡Vuelve en ti!

Sobeya desaparece por la izquierda. Abu Ishac intenta seguirla cuando penetra por la galería de la derecha Omar, Abul Beka, Ayub, Aly ben Ibrahim, Aben Fat y Muruam.

ESCENA V

ABU ISHAC, OMAR, ALY BEN IBRAHIM, ABUL BEKA, ABEN FAT, AYUB, PAJES y ESCLAVOS

Van entrando, vestidos con los más ricos trajes y ostentando los diversos colores de las veinte tribus de nobles árabes y africanos que pueblan Granada. A cada uno le siguen pajes y siervos, portadores, en ricos azafates de plaza, de regios presentes. Los ESCLAVOS se agrupan en torno de las columnas, y apoyados en ellas permanecen inmóviles como estatuas, con los brazos en arco, sosteniendo sobre sus turbantes las amplias bandejas.

OMAR

Desde el arco, inclinándose.

¡Sobre el noble Nazarita
la paz derrame sus ánforas!

BEKA

Idem.

¡Vierta la gloria sus dones
en las glorias de su casa!

AYUB

Idem.

¡Que los campos más estériles
florezcan bajo sus plantas!

ISHAC

Desde el arco, inclinándose.

¡Que el Arcángel en la guerra
esgrima su cimitarra!

MURUAM

Inclinándose ceremoniosamente.

¡Y en la paz le dé Mahoma
su justiciera balanza!

FAT

Forman un grupo en el centro de la escena.

Como el sol, Alhamar, lo alumbra
[todo;
mas ciega a quien le mira cara á
[cara.

IBRAHIM

Su justicia no rueda cual torrente
que al desbordarse la campiña
[arrasa...
Es la lluvia del cielo, es el rocío
que fecunda los seres y las plantas.

BEKA

Es la mano de Dios sobre los hom-
[bres
que amor prodiga y caridad
[derrama.

MURUAM

No es en la guerra tigre que entre
[juncos

curvado y prontas para herir las
[zarpas,
acecha los rebaños de gacelas
que alegres corren al rumor del
[agua...
Es león que, rugiendo fuerte,
destruye al enemigo que le ataca.

ABEN FAT

El protege las artes y las ciencias.
Gracias a su poder es hoy Granada
la Meca de Occidente. Dió la brú-
[jula
que dirige al marino por las aguas,
el papel que eterniza el pensa-
[miento
del sabio y del poeta. Las murallas
levantó de palacios y hospitales,
restauró las mezquitas y dió sabias
leyes a los muslines. ¡Con sus ma-
[nos,
cuando no tiene que esgrimir la es-
[pada,
asiste a los enfermos incurables
y poda los rosales de su alcázar!

ISHAC

Tiembla el cristiano al pronunciar
[su nombre,
porque sabe que no existen corazas,
ni corceles, ni escudos que resistan
el vigoroso empuje de su lanza.

BEKA

Cuando nuestras mezquitas trocá-
[ronse en iglesias,
cuando sólo se oían repiques de
[campanas,
cuando sobre los muros de Sevilla y
[de Córdoba,
de Murcia y de Valencia, de Jerez
[y de Játiba,
flotaban los pendones de la cruz
[enemiga,
y sobre los creyentes cayeron a ma-
[nadas
los lobos; cuando todo terror y es-
[panto era,
un leoncillo, cachorro de la estirpe
[más alta
del Hegiaz, flotantes las revueltas
[melenas,
rechinando los dientes, los ojos co-
[mo ascuas,
descendió de los montes y ahuyen-
[tando a los lobos
salvó al Islám, creando las glorias
[de Granada.

ISHAC

De nuevo surge nuestra voz de gue-
[rra
llenando de pavor a los infieles,
y otra vez retemblar hacen la tierra
con furia de huracán nuestros cor-
[celes.
Trocáronse en leones los corderos,
y el sol de nuevo victorioso brilla
en la avalancha de nuestros aceros
por las rudas estepas de Castilla...
¡Dejad el canto que molicie ins-
[pira!
¡Fortificad el alma de Granada!
¡Que dedos de mujer pulsen la lira,
la mano varonil busca la espada!

AYUB

Abu Ishac, todas las glorias
con la guerra no se alcanzan,
ni un pueblo vive tan sólo
del dominio de las armas.
Necesita de la paz,
porque en la paz se trabaja.
¿Qué dirías, si a la vuelta
de una gloriosa campaña,
tu troje hallases vacía,
desmantelada tu casa,
silenciosos los telares
y las forjas apagadas?
Mientras tú la ley extiendes
con el filo de tu espada,
nosotros tejemos telas,
labramos tierras y armas,
cuidamos tus propios bienes,
y las galeras que zarpan
de los puertos de Almería,
Algeciras, Adra y Málaga,
llevan hasta los confines
de las tierras más lejanas,
con nuestros ricos productos
el esplendor de Granada.

ISHAC

Del Profeta los rudos compañeros
jamás ciñeron ricas vestiduras.
Su corcel fué su trono y las llanuras
su alcázar, y al fulgor de sus aceros
lloraron las naciones, cual mujeres
al cautiverio de su harén sujetas...
¡Si tuviese poder, Ayub!... ¡Qué
[quieres!

colgaba de una almena a los poetas
y echaba al muladar los mercade-
[res.
Me fatiga el reposo del remanso;
mi mano no acaricia: es una garra.
¡Mi deber es la guerra y mi des-
[canso
hendir los cráneos con mi cimita-
[rra!

IBRAHIM

Tus quejas son injustas. No sólo
[con las armas
a nuestro Dios servimos. No hay
[triunfo más fugaz
que los lauros guerreros. El polvo
[que te cubre
en los recios combates perdura mu-
[cho más.
¿Sólo bélicas glorias hicieron in-
[mortales
a los nobles Kalifas de Córdoba y
[Bagdad?
Mucho más que la espada de los
[bravos caudillos
ensalzaron los sabios las glorias del
[Islam.

Suenan músicas y atambores.

Aly y todos se vuelven hacia el lado de trono.

Mas ¡silencio! Se acerca seguido
[de su corte,
como el sol entre estrellas, nuestro
[Emir Alhamar.

A la derecha del trono se descorre un rico tapiz de Siria, con áureos borlones y rapacejos de plata, y aparece el cortejo real. Primero, los Heraldos con sus mazas y trompetas de oro, vestidos de seda carmesí. En sus petos fulguran bordadas las armas de Alhamar: un escudo atravesado diagonalmente por una banda, sujeta en los extremos por heráldicas bocas de dragones. Se adelantan colocándose en la gradería del trono.

Alhamar aparece grave y solemne, envuelto en el sayo negro bordado de esmeraldas, ciñendo el verde turbante entrelazado con hilos de gruesas perlas de los nobles descendientes del Hegiaz. Tras él, los pajes vestidos de azul y plata, los nobles de su guardia andaluza y los soldados de su guardia africana. Los andaluces, armados de largas espadas, ostentan en sus motes y divisas, en sus marlotas y penachos, todos los colores de las más nobles familias del Islam. Se abren en forma de media luna y rodean el trono. Los de la guardia africana, vestidos de blanco, se agrupan en torno de todas las salidas del recinto, y apoyados en sus alabardas, custodian las puertas. El Emir se sienta majestuoso. La cúpula mayor del techo, que da sobre el trono, se abre misteriosamente, á compás de una música invisible, y parece que los genios y las huríes deshojan sobre Alhamar las más fragantes flores del Paraíso. La tarde penetra á través de los ajimeces en oleadas de púrpura y de oro, incendiando las labores de los moros y arrancando relámpagos de iris á las joyas y á las armas. En la quietud del momento, se oye el latir de las fuentes, como un corazón sonoro, y el encanto armonioso de los ruiseñores que se arrullan en los kioscos de los jardines, en los cipresales del cementerio real, y en los cármenes y en las alamedas del Darro.

En la grada más alta del trono, se sienta la Sultana Aixa, que aparecerá envuelta en su velo, y en torno de ella, Sobeya, Leila Hassana, Zahara y las demás esclavas.

ESCENA VI

Los mismos: ALHAMAR, AIXA, SOBEYA, LEILA, HASSANA, ZAHARA, ESCLAVAS, PAJES, HERALDOS, CABALLEROS y GUARDIAS

IBRAHIM

Inclinándose reverentemente ante las gradas del trono.

¡Salve, Emir de los creyentes!
¡El Señor guarde tus días!

AYUB

Idem.

¡Tu magnificencia es río
que la tierra fertiliza!

BEKA

Idem.

Mar sin riberas te llaman,
¡tal es tu sabiduría!

OMAR

Idem.

¡Fortaleza del Islám!

FAT

Inclinándose reverentemente ante las gradas del trono.

¡Amparo de Andalucía!

Todos se prosternan. La música cesa. Se hace un silencio profundo. Sólo las fuentes y el aliento de los jardines perfuman la estancia de frescura primaveral.

ALHAMAR

Solemnemente.

¡Que la paz de Dios sea con vos-
[otros, y pródiga
derrame en vuestra casa y en la de
[vuestros hijos
todas las alegrías! ¡Que el Angel
[os conduzca
por la tierra lo mismo que por un
[Paraíso!

Pausa breve. Ayub se aproxima seguido de sus esclavos, que portan en bandejas de oro telas multicolores, tan finas, que parecen tejidos de aire y de luz. Se inclina reverentemente, y tomando con suavidad de manos acos-

tumbradas á la caricia de las seuas un rico velo amaranto bordado de oro, se lo presenta al Emir.

AYUB

Postrándose.

¡Salve, Emir de los creyentes!
Yo te ofrezco de rodillas
esta tela que tejieron
telares de tu Kadima,
con la seda de tus vegas,
con el oro de tus minas...
Ni en Damasco ni en Venecia
se tejen telas más finas...
Entera cabe en el puño
de tu esposa favorita...
¡Parece un velo de hadas
y no un manto de odaliscas!

Dos pajes conducen las bandejas de oro sobre una rica mesa de mosaico á la izquierda del trono.

ALHAMAR

Después de haber examinado de trasluz la tela.

Dios te premie, Ayub. Mas quiero
recompensar tu tesoro.
Toma mis llaves de oro.
¡Te nombro mi Tesorero!

Saca del pecho un pequeño manojo de llaves áureas, primorosamente trabajado y se lo entrega al mercader. Ayub se inclina reverentemente y se aleja de las gradas, sin volver la espalda al Emir, seguido de sus siervos, que durante la relación anterior han permanecido postrados. Omar se aproxima también, seguido de sus esclavos, que portan en bandejas de oro los más ricos dones del Oriente. Cintillos de diamantes, joyeles de pedrería, ajorcas labradas, collares de perlas, huevos de avestruz, alfanjes damasquinos, telas vistosas: todo cuanto de bello y frágil existe sobre la tierra.

OMAR

Postrándose reverentemente ante las gradas.

¡Señor, al puerto de Málaga
atracaron mis galeras,
cargadas hasta los topes
de las especies más bellas
de todo cuanto producen
juntos el mar y la tierra!
Golconda me dió diamantes,
Cachemira me dió telas,
Damasco joyas y armas
y Ormuz corales y perlas,
en cambio de los productos
de nuestras fértiles tierras...
¡Las riquezas de mis naves,
Alhamar, son tus riquezas!

ALHAMAR

Después de examinar los dones que los pajes van colocando sobre la mesa de mosaico.

Dios te premíe. Pero iguales
las recompensas serán.
¡Yo te nombro capitán
de mis galeras reales!

Omar, seguido de sus siervos, se retira con el mismo ceremonial que Ayub.

Abu Ishac se adelanta. Le siguen sus esclavos, llevando sobre cojines de púrpura bordados en oro, las llaves de catorce fortalezas tomadas á los cristianos y con ellas las espadas de sus alcaides rendidos. Por la puerta de la izquierda penetran también los vencidos, encadenados como trahillas, altivos y fieros en su desamparo. Dos filas de soldados berebéres les conducen. Los cristianos permanecen detrás de los esclavos con una fiera actitud, paseando sus miradas voraces y provocativas entre los nobles que les contemplan. Algunos muestran aún la sangre de sus heridas recientes.

ISHAC

Inclinándose.

Al frente de mis rudos africanos
invadí la frontera en algarada.
Herí y maté, hasta mellar mi es-
[pada,
cercenando gargantas de cristianos.
Como un ciclón atravesé la sierra;
bebieron mis corceles en el Tajo...
Doscientas mulas se derrengan bajo
el fuerte peso del botín de guerra.
A tus plantas, Señor, puso mi suerte
las llaves de catorce fortalezas,
y con ellas también vengo á ofre-
[certe
de sus bravos alcaides las cabezas.

Los esclavos presentan, arrodillados, las llaves y las espadas.

ALHAMAR

Es, Abu Ishac, la gloria de tu nom-
[bre, mi orgullo.
Te entrego los cautivos y su rescate
[es tuyo.
Libra de esas pesadas cadenas á sus
[cuellos...
Ya que les has vencido, ¡sé clemen-
[te con ellos!
Pero también mi afecto recompen-
[sarte espera.
Te nombro Adelantado mayor de la
[frontera...
Toma mi propia banda, ciñe mi pro-
[pia espada
y conquista mayores triunfos para
[Granada.

Se quita la espada y la banda y se las da á Abu Ishac. Este se retira, acompañado de sus siervos, por la galería del fondo. Aben Fat

se aproxima al Emir con un rollo de pergamino en la mano.

ALHAMAR

¿Qué me pide la gloria de Sevilla
[inmortal?

FAT

Señor, traigo los planos de otro
[nuevo hospital.

Se los entrega al Emir, que los examina atentamente. En el silencio pasan rumores de canciones, oleadas de perfumes y frescura de fuentes.

ALHAMAR

Contemplando los planos.

Jamás vieron mis ojos nada más
[sorprendente.

Volviéndose y mostrándoselos á Aly ben Ibrahim.

Aly, mira estas líneas, este trazo
[irreal...
¡Correr por los calados de estos ar-
[cos se siente
algo como la sangre de una vida
[inmortal!
¿Quién los trazó?

FÁTIMA

Fué un hijo del pueblo. Será asom-
[bro
de los siglos su nombre: Azhuna.

ALHAMAR

Daré espacio,
Aben Fat, á sus alas. Dile tú que
[le nombr
alarife perpetuo de mi real palacio.

Se retira Aben Fat.

Muruam se aproxima al trono, seguido de gentes del pueblo, obreros, jardineros y agricultores que llevan en las más lindas canastillas que se tejieron con los mimbres del Genil y el Darro, todos los ricos productos que se fabrican en la ciudad y los más bellos dones que produce la Vega.

Cadí de mis cadíes, sostén de la
[verdad,
el Señor te bendiga. ¿Qué pasa en
[mi ciudad?

MURUAM

Señor, en su nombre vengo
a ofrecerte las más bellas
especies que se producen
en su recinto y su vega.

Muruam, inclinándose reverentemente. La gente del pueblo le imita.

¡Todo es tuyo, pues te debe
hoy, Granada, su grandeza!
La has vestido de jardines;
le ceñiste una diadema
de mil torres; la has poblado
de hospitales y academias,
de fábricas y de alcázares,
y abriste a la par sus puertas
de oro a todos los progresos
que existen sobre la tierra.
Mil fuentes cruzan sus calles
y mil canales su vega;
y cristianos y judíos
desde sus remotas tierras,
atraídos por su fama,
vienen a vivir en ella.
Jamás la justicia dicta
fallos que justos no sean...
¡Ninguna en la paz le iguala
ni le aventaja en la guerra!
¡Desde que su trono ocupas,
gracias á tus providencias,
entre todas las ciudades
es Granada la primera!

ALHAMAR

Justo es recompensarla. Doy liber-
[tad, perdono
a todos los que gimen en sus maz-
[morras. Quiero
que en este aniversario de mi subi-
[da al trono
nadie pueda quejarse. Destinaré el
[dinero
de mi erario y el precio de este bo-
[tín de guerra
a premiar el esfuerzo de los trabe-
[jadores,
lo mismo del labriego que cultiva
[la tierra,
que del señor que cuida que su jar-
[dín dé flores;
del sabio, del artista... ¡De todos
[los que han hecho
de Granada la bella Sultana de Oc-
[cidente!...
¡Con las más ricas joyas adornaré
[su pecho,
y con un nuevo alcázar coronaré su
[frente

IBRAHIM

Señor, ya la has poblado de frondo-
[sos vergeles,
de fuentes y de alcázares que envi-
[diara Bagdad,
de torres y mezquitas, de baños
[laureles...
En la tierra no existe más hermosa
[ciudad.

ALHAMAR

Sin embargo, le falta á tan bella
[Sultana
su corona. Una altiva corona sobe-
[rana
como jamás los hombres idearon.
[En sueños
lo han mirado estos ojos que ha de
[comer la tierra.

Pausa breve, como recordando.

Descansaba ayer noche de mis
[cos empeños
en las blandas delicias que mi al-
[hamie encierra,
cuando soñé... Volvía de un extra-
[ño paisaje
cabalgando en la yegua sagrada de
[Azrael,
cuando súbitamente detuvo del ren-
[daje
una mano invisible mi fogoso cor-
[cel.
Vi á un joven alarife que apoyado
[en un puente
algo extraño en los aires estaba
[contemplando.
Sus ojos eran negros y pálida su
[frente.
Yacía inmóvil, como si estuviese
[soñando.
¿Qué haces?—dije.—¿Qué pena tu
[espíritu acongoja?
¿Por qué así permaneces ensimis-
[mado y triste?
—Señor, miro un alcázar en la Co-
[lina Roja.
Un alcázar más bello que todo cuan-
[to existe.—
Y me mostró su sueño... Y mi reino
[daría
por hallar a ese hombre.

IBRAHIM

Ese hombre, señor,
va unido á tu destino, según la pro-
[fecía.
Será la estrella hermana que au-
[mente tu esplendor.
Los astros lo presagian. Compartirá tu gloria;
sobre todos los príncipes tu nombre hará inmortal,
confundirán los siglos la tuya y su
[memoria...
¡Tú serás la grandeza y él será el
[ideal!

Se adelanta Abul Beka, seguido de una esclava rubia, bella como una estatua de basalto, que lleva sobre una artística bandeja de plata cincelada un gomil de oro, donde se abre una inmensa rosa de Alejandría. Sobeya les sigue. Alhamar, al verle, sonríe dulcemente.

ALHAMAR

Y mi poeta, ¿qué trae?

BEKA

Mostrando el presente del paje y sacando del seno una larga tira de papel de hilo.

Una flor y una Kasida.

Le presenta la flor al Emir, que él aspira con delicia.

La flor la corté en tus cármenes,
donde temblaba de dicha,
orgullosa de poder
servir de encanto á tu vista.
Y si tú le das la venia
que ella humilde solicita,
Sobeya, la más hermosa
de las damas granadinas,
ante el fausto de tu corte
recitará mi Kasida...
Una Kasida a las fuentes
de tu ciudad favorita.

ALHAMAR

La flor acepto, Abul Beka;
pero oigamos la Kásida.

Se hace un silencio profundo. En torno del trono, formando una media luna, se agrupan los nobles. Los esclavos y los guardias permanecen inmóviles, y hasta el rumor del agua parece amortiguado para oir. Todo da la sensación de un oído pegado á la tierra para expiar los pasos de la felicidad.

SOBEYA

Las fuentes de Granada...
¿Habéis sentido,
en la noche de estrellas perfumada,
algo más doloroso que su triste ge-
[mido?
Todo reposa en vago encanta-
[miento
en la plata flúida de la luna.
Entre el olor á nardos que se aspira
[en el viento,
la frescura del agua es como una
mano que refrescase la sien calen-
[turienta.
El agua es como el alma de la ciu-
[dad. Vigila
su sueño, y al oído
del silencio le cuenta

las leyendas que viven á pesar del [olvido,
y bajo las estrellas de la noche [tranquila
tiene palpitaciones de corazón he- [rido.
¡La voz del agua es santa!
Quien la profunda música de su [acento adivina,
comprenderá algún día la palabra [divina...
El agua es guzla donde Dios sus [misterios canta!
Las fuentes de Granada...
¿Habéis sentido
en la noche de estrellas perfumada
algo más doloroso que su triste ge- [mido?
Una, gorgoteante, suspira entre las [flores
de un carmen, esperando la mano [de un ensueño
que abra a la blanca luna sus cla- [ros surtidores
para dar á la noche sus diamantes [de sueño;
y mientras sobre el mármol, una á [una, desgrana
las perlas de sus ricos collares de [Sultana.
Algunas se despeñan como ecos de [torrente
y entre las alamedas descienden ru- [morosas,
arrastrando en el vivo fulgor de su [corriente
en féretros de espumas, cadáveres [de rosas.
Otra, por las paredes resbala len- [tamente,
y entre las verdes hiedras lagri- [mear se siente,
como si poco a poco, por una estre- [cha herida,
se fuese desangrando hasta quedar [sin vida.
Las hay ciegas, y en ellas
llora toda la móvil plata de las es- [trellas.
Hay en el aire tanta humedad que [da frío.
La noche un fresco aroma acuático [deslíe.
El agua llora, gime, suspira, canta [y ríe,
y dominando el gárrulo y eterno [murmurío
se oyen plañir las roncas serenatas [del río.
La sangre de Granada corre por [esas fuentes
y en el hondo silencio de las noches [serenas,
al escuchar sus músicas sobre los [viejos puentes.
la sentimos que corre también por [nuestras venas
Aduerme nuestro espíritu su musi- [cal encanto
bebemos el ensueño de sus respira- [ciones,
penetra hasta la carne en lentas fil- [traciones
y huye por nuestros ojos en un fur [tivo llanto...
Las fuentes de Granada...
¿Habéis sentido
en la noche de estrellas perfumada
algo más doloroso que su triste ge- [mido?

Un relámpago deslumbrante de belleza ilumina los rostros, y un estremecimiento de gloria recorre todos los muntos y parece agitar los tapices.

ALHAMAR

Haciendo un esfuerzo supremo para contener su emoción, con la voz trémula.

Tan bella es tu Kasida, Abul Beka, [que quiero
que la esculpan en cúficos caracte- [res de oro
en la fuente más bella del palacio [en que moro
para que sirva siempre de encanto [al pasajero.
Son los versos, en medio de nues- [tra vida inquieta,
palmas á cuya sombra soñamos el [amor...
¡Quien no escucha los cánticos di- [vinos del poeta,
es como el que desoye las voces del [Señor!
La corona más noble de un Rey es [la poesía...
¡Si la tuya, Abul Beka, pudiese ser [Granada

y yo fuese el monarca del mundo,
[te daría
por cada estrofa una ciudad como
[Granada!
Para pagar tus versos es pobre mi
[tesoro.
Mas ya que no tus versos, pagar
[puedo tu flor...
Toma mi regio anillo con mis sellos
[de oro...
¡Yo te nombro, Abul Beka, secre-
[tario mayor!

Se quita el anillo y se lo da al poeta, recogiendo, en cambio, la poesía, que se lleva sobre el corazón.
Se oyen voces en los jardines.

ALHAMAR

Mas ¿oyes?... Esas voces... ¿Qué
[pasa?

IBRAHIM

Asomándose al ajimez de la izquierda. El ruido se acentúa.

Tus soldados
persiguen á un obrero que quiere
[penetrar
en tu alcázar.

ALHAMAR

Recobrando súbitamente su majestad y dejando los planos en la mesa.

¡Que entre! ¡Nunca estarán cerra-
[dos
para nadie los regios salones de Al-
[hamar!

Aly ben Ibrahim va á cumplimentar la orden, cuando resuenan cerca de la puerta de la izquierda voces de soldados y acentos de súplica. Parece que alguien forcejea desesperadamente. El crepúsculo empieza á deshojar sus rosas de púrpura en la estancia.

ESCENA ULTIMA

TODOS LOS PERSONAJES

VOCES DE GUARDIAS

Fuera.

¡Atrás! ¡Atrás!

AZHUNA

Con la voz suplicante.

¡Dejadme!... ¡Quiero ver al Emir!

VOCES

Fuera.

¡Detenedle!... ¡Está loco!

OTRAS VOCES

Fuera.

Esta demente... ¡Atrás!

Se oye el rumor en la galería de la izquierda. Los tapices se agitan violentamente como si tras ellos luchasen.

UNA VOZ

Imperiosamente.

¡Herirle si es preciso!

Aparece bajo el arco de la izquierda Azhuna, pálido, desgarradas las vestiduras, luchando con los soldados y los nobles que quieren detenerle.

AZHUNA

¡Tener piedad de mí!
¡Dejadme verle!

SOLDADOS

¡Fuera!

Azhuna hace un esfuerzo supremo y se desprende de los que lo sujetan, dejando en sus manos jirones de la túnica. Tras él penetran los señores con la espada desnuda. Azhuna da un grito y corre á abrazarse á las rodillas del Emir.

AZHUNA

¡Piedad, Señor, piedad!

ALHAMAR

Con un gesto solemne deteniendo á los soldados y á los nobles que quieren apoderarse de Azhuna. Este tiembla abrazado á sus rodillas, besándole los borceguíes y las orlas del sayo.

Deteneos... ¿Qué es esto? ¿Quién
[se atreve imprudente
sin mi venia, su espada desnudar
[ante mí?

Todos se inclinan y envainan los aceros. Los guardias y los pajes ocupan sus puestos, y en el centro de la escena quedan en semicírculo los caballeros. Al lado del Emir permanece Aly ben Ibrahim.

Decid pronto, ¿qué pasa?

ISHAC

Señor, es un demente
que encontraron los guardias va-
[gando en tu jardín.

MURUAM

Dice que ve un alcázar en los aires.

OMAR

Quería
penetrar sin permiso en tu mansión
[real.

AYUB

No escuchó a los genízaros que
[guardan la arquería.

ISHAC

Señalando a Azhuna.

¡Está loco!... ¡Miradle!

AZHUNA

Abrazándose de nuevo á las rodillas del Emir.

¡Piedad, señor, piedad!

FAT

Entrando y acercándose al Emir. Fat clava en él los ojos suplicantes.

Alhamar, es Azhuna... El que trazó
[los planos
de ese nuevo hospital.

ALHAMAR

A Azhuna, paternalmente.

Levanta.

AZHUNA

Coge las manos del Emir y las cubre de besos.

¡Pero deja que te bese las manos!

ALHAMAR

A todos.

¡Os presento á mi nuevo alarife
[real!

La luz del crepúsculo se va extinguiendo. Todo queda en penumbra. Sólo la Colina Roja fulgura como una joya de iris reflejando las últimas luces vespertinas.

A Ahzuna.

¿Qué quieres de mí, Azhuna?

AZHUNA

Con los ojos febriles, en un arranque de genio, como quien trae el tesoro más fabuloso del mundo.

¡Señor, vengo á ofrecerte
un alcázar cual otro en el mundo
[no habrá!
Lo he soñado cien veces antes de
[conocerte...
¡Oculto en lo más hondo de mi es-
[píritu está!
Alcázar de las Perlas—le llamo
[desde el día
en que flotando incierto en mis sue-
[ños le vi...
El mismo Paraíso su gloria envi-
[diaría.
¡Tan rico es y tan bello!

ALHAMAR

Temblando de emoción.

¿Dónde le ves?

AZHUNA

Señalando la Colina Roja.

¡Allí!

Todos se vuelven al ajimez del centro, y un grito de admiración ensancha todos los corazones.

Como á un conjuro misterioso, el crepúsculo teje con los celajes que coronan la Colina, un palacio de maravillas, de torres de alabastro, de columnas de mármoles y arcadas de oro, púrpura y añil.

Siempre allí le contemplo. ¡Ve, Se-
[ñor, cómo toma realidad mi qui-
[mera!

El palacio fantástico tiembla y desaparece con el último rayo del sol. Los ruiseñores cantan, y de la ciudad se eleva pura y mística como una paloma la voz del Muezzin congregando á los fieles á la oración de la tarde.

LA VOZ DEL MUEZZIN

¡Creyentes, á rezar!
¡No hay más que un solo Dios, su
[Profeta es Mahoma,
y su siervo Alhamar!

Otra voz más lejana repite el canto, y luego otra, hasta formar un coro. Todos se posternan mirando á Oriente. Por el hueco del ajimez de la derecha se alza majestuosa en un cielo de zafir la media luna de plata.

TELÓN LENTO

ACTO SEGUNDO

Un jardín en el Alcázar de la Alhambra. Al fondo, entre el verdor de la arboleda, se destaca la galería de un patio. A la izquierda, y en declive, una alta tapia de ladrillo cubierta de enredaderas. En el primer término de esta tapia, un portillo que da al campo. En el centro de la escena una glorieta de cipreses y naranjos con un surtidor en el centro. Avenidas de rosales y de mirtos. Estanques ceñidos de arrayanes.

En el primer término de la derecha un gran kiosco, con bancos de piedra cubiertos de almohadones riquísimos.

Es de noche. La escena está iluminada por las fantasmagorías del plenilunio. Millares de pequeños farolillos de colores muy vivos penden de los árboles. Cuatro grandes lámparas de plata alumbra el kiosco.

Suenan á lo lejos canciones y músicas. Cruzan por el fondo pajes con antorchas encendidas.

ESCENA I

SOBEYA y AZHUNA. Sobeya, en el kiosco, escuchando la canción.

UNA VOZ DE MUJER

Recitando en un kiosco que se supone próximo al de la derecha.

Mis dardos lancé á los cielos,
mas de los cielos bajaron
y en mi pecho se clavaron...
¡Amor, no juegues con celos,
que igual que los dardos son!...
¡Al cielo los dirigimos;

pero en vez del cielo, herimos
nuestro propio corazón!
Su brillo esconde la perla
bajo las aguas marinas...
Si la rosa tiene espinas
¿cómo no herirse al cogerla?
El romero es muy amargo,
más amargo que la hiel;
la abeja de él, sin embargo,
saca su más dulce miel.
Con esta máxima vieja
doy consuelo a mi dolor:
como el romero á la abeja
los celos son al amor.

Cesan las música y la voz. Un perfume de primavera impregna la noche de voluptuosidad. Los ruiseñores cantan en los naranjos floridos, y todo parece hecho para el amor.

Azhuna aparece por la derecha y se dirige rápidamente en busca de Sobeya, al kiosco.

AZHUNA

¡Sobeya, por fin te miro!

SOBEYA

¡Azhuna, por fin te veo!...
Desde que no te miraban
mis ojos estaban ciegos.

AZHUNA

¡Pobres ojos, pobres ojos,
las lágrimas que vertieron
ya que no puedo enjugarlas,
he de pagar con mis besos!

La besa en los ojos.

SOBEYA

Abrazándose á Azhuna.

—¡Qué feliz soy á tu lado!
Entre tus brazos, me siento
morir de dicha... Parece
que son mi alma y mi cuerpo
tan pequeños, que podrían
deshacerse entre tus dedos.
Oye... Escucha cómo late
mi corazón en el pecho.

AZHUNA

Poniéndole la mano sobre el corazón.

Palpita bajo mi mano
igual que un pájaro preso.
¡Corazón, corazón mío,
cuántas ternuras te debo!
¡Qué buena fuiste conmigo!

Pausa. Recordando.

Yo era un pobre y triste huérfano
abandonado en el mundo,
sin otro amparo que el Cielo...
¡Y, sin embargo, sentía
á veces mi pensamiento
surgir un mundo de gloria,
de esperanzas y de anhelos!
Al acariciar mis ojos
los más ricos monumentos
de la ciudad, sollozaba
de admiración y de celos...
¡Oh, dejar, dejar al mundo
tangibles, firmes y bellos,
los fabulosos alcázares
que poblaban mi cerebro!...
¡Darle forma á mis quimeras!
¡Tallar en piedra mis sueños!...
Por todas partes veía
alcázares en el viento,
y á gritos lo que miraba
iba a las gentes diciendo.
Una tarde estaba solo
tendido en el parapeto
de un puente del Darro, fijos
los ojos y el pensamiento
sobre la Colina Roja,
donde los rayos postreros
del crepúsculo fingían
maravillosos portentos...
¡y vi alzarse en la Colina
el palacio de mis sueños!
Con mano rápida y ágil
en larga tira de cuero
copiaba cuanto veía...
Casi llegaba a su término,
cuando al morir el crepúsculo
todo se extinguió en el viento...
Y lloraba de impotencia...
Y mis pupilas te vieron
que a mi lado, muda, inmóvil,
a mi locura asistiendo,
me mirabas compasiva
el rostro libre del velo...
¡Y al contemplar tu hermosura
quedé de la hermosura ciego!...
—¡Trabaja, estudia y espera!—
me dijiste sonriendo.
—¡El alcázar que soñaste
también mis ojos lo vieron!—
¡Y también como mi alcázar
te disipaste en el viento!...

SOBEYA

¡Ya verás, Azhuna, cómo
se realizan nuestros sueños!

AZHUNA

¡Yo soñé hacer un alcázar
de tan ricos aposentos,

y son tan dulces las músicas
y tan suaves los cantos,
que los mismos ruiseñores
se callan avergonzados!

ABU ISHAC

Con ruda ironía.

¡Parece que hemos de nuevo
a Córdoba conquistado!

ABUL HASSAN

¡Ni Almanzor celebró fiestas
tan ricas, ni cuando trajo
en hombros de los cautivos
las campanas de Santiago!

OMAR

Después que nuestras banderas
victoriosas tremolaron
sobre los muros de Murcia,
de Jerez, Lebrija y Arcos;
cuando en Alcalá ben Zaide
los ejércitos cristianos
cayeron bajo la espada
cual mies segada en el campo,
Alhamar, traidor ó débil,
en lugar de exterminarlos
y recuperar Sevilla,
Córdoba, Jaén y Martos,
con el rey Alfonso Décimo
celebra treguas y pactos,
¡y perdemos en las paces
cuanto en la guerra ganamos!

ABU ISHAC

Exaltándose de ira.

¿Y hemos de sufrir pacientes
tales afrentas? ¿Acaso
para siempre se ha extinguido
aquella raza de bravos
que desde Oriente a Occidente,
sobre el arzón del caballo,
como a una virgen cautiva
a la victoria arrastraron?
Bien está que las mujeres,
prisioneras del serrallo,
gusten de guzlas y adufes,
de perfumes y de cánticos.
¡El guerrero sólo ama
la lanza, el escudo, el casco,
el rumor de la pelea
y el estruendo del asalto!
Su cuerpo, más que en la danza,
es ágil sobre el caballo,
mejor que la guzla pulsa
la cimitarra su brazo,
y sólo gritos de muerte
saben exhalar sus labios.
que recordase á los hombres
las maravillas del Cielo!...
¡Y en sus mágicas estancias,
los dos, igual que en un sueño,
unidos en un abrazo
y fundidos en un beso
pasar las horas veríamos
sin reparar en su vuelo!
¡Mas todo desvanecióse;
y es tal mi dolor, que llegó
a maldecir de mí mismo,
porque realizar no puedo,
a pesar de tantas luchas,
el alcázar de mis sueños!...

Se oyen de nuevo músicas cercanas.

SOBEYA

Gente llega... Ven; que sepa
Alhamar tus desalientos,
que él ha de encontrar, Azhuna,
para tus males remedio.

Se lleva de la mano á Azuna por el kiosco de la derecha.

ESCENA II

ABU ISHAC, OMAR y ABUL HASSAN, aparecen en el fondo.

OMAR

Contemplando los jardines.

Nunca fiestas tan espléndidas
mortales ojos soñaron.
¡Las luces de estos jardines
alumbran más que los astros;
Para el jardín, las palomas;
los leones, para el campo,
que no se hicieron las garras
ni las zarpas se han creado
para ir deshojando flores
ni andar a caza de pájaros...
En una palabra. ¿Somos
hombres ó somos esclavos?
¡Si somos hombres, la lucha,
hasta sucumbir luchando;
y si esclavos, desnudemos
nuestras espadas al látigo,
para que escriba con sangre
nuestra deshonra el tirano!...
Mas, en fin, sobran razones,
y aquí obrar es necesario...
¡Que enmudezcan nuestras lenguas
y empiecen a hablar las manos!

OMAR

En la Vega están mis gentes
nuestra señal aguardando.

Si la fortuna es adversa,
ellas nos darán amparo,
protegiendo nuestra fuga...
Por si llegara este caso
—¡Dios no lo quiera!—y pues es
de cuerdos ser avisados,
tengo junto a este portillo,
para poder escaparnos,
ocultos en la espesura
diez corceles enjaezados.

ABU ISHAC

Tú, Abul Hassan, ¿preveniste
tus gentes?

ABUL HASSAN

¡Tán sólo aguardo
a que Muruam lance el grito
para empezar el asalto!
En el Albaicín me esperan
cuatro mil hombres armados...

ABU ISHAC

¡Malhaya aquel que confía
en los ajenos cuidados!
¡Valen más de un hombre vivo,
con ser sólo dos los brazos,
que los ocho que algún día
a la fosa han de tirarlo!...
¡No te fíes de Muruanes,
que siempre salieron falsos!

Pausa breve.

¿Para qué andar entre sombras?
¡Mejor es salirle al paso,
y en medio de estos jardines
como á un perro apuñalarlo!

ABUL HASSAN

Mas no perdamos el tiempo.
Cada cual a su trabajo.
Yo al Albaicín.

A Omar.

Tú a la Vega,
¡y tú, Abu Ishac, vigilando
quedas en estos jardines
para iniciar el asalto!

Se dirige al portillo, y desde él los saluda.

¡El Señor os acompañe!

Omar y Abul Ishac se inclinan.

OMAR

¡El dirija, Hassan, tus pasos!

Sale Abul Hassam.

ESCENA III

OMAR y ABU ISHAC. Abu Ishac se reclina, pensativo, sobre el tronco de un árbol de la izquierda.

OMAR

Confidencialmente.

¿Qué mal te aflige? ¿Qué dolor
[rebosa
tu corazón indómito, que á veces,
como bajo una sombra pavorosa,
te agitas convulsivo y palideces?

ABU ISHAC

Con tristeza desesperada.

¡Como un perfume que arrebata
[el viento
pasaron para mí las horas bellas!
Mis sombras alumbraron un mo-
[mento
con sus ojos de plata las estrellas;
mas fuéronse apagando, una por
[una,
y la noche envolvió mi pensamiento
y abandonó mis pasos la fortuna.
Como si fuese agua, la alegría,
entre mis manos para siempre ha
[huído,
y hoy es mi corazón copa vacía...
¡todo cuanto anhelaba lo he per-
[dido!
¡Oh! ¿Quién me arrebató mi única
[prenda,
joyel fulgente de esmeralda y oro?
¿Qué pie descalzo penetró en mi
[tienda
a robarme en la noche mi tesoro?
¿Para qué mis corceles, esos nobles
hijos del viento? ¿Para qué mi es-
[pada
capaz de un tajo de segar los ro-
[bles?
¡Tan enemiga se mostró la suerte,
que en mi estéril dolor no anhelo
[nada
sino el olvido eterno de la muerte!

OMAR

Todo humano dolor tiene espe-
[ranza,
El hombre valeroso no se abate
en tanto pueda manejar la lanza
y triunfar o morir en el combate.
¿Qué has hecho, di, de tu poder?
[No siente
tu corazón la antigua fortaleza?
¡Ya la arrogancia ha huído de tu
[frente
y tus ojos perdieron su fiereza!
De tu padre el valor se ha sepul-
[tado,

ón él en el sepulcro, y en las venas
la sangre generosa se te ha helado...
¿Quién, león, ha cortado tus me-
[llenas?
¡Ah, si tu padre abandonar pudiese
el reino pavoroso de la nada,
el rostro de vergüenza se cubriese
viendo su sangre tan degenerada!

ABU ISHAC

Con voz emocionada.

Escucha, escucha, Omar. ¿Viste a
[Sobeya?
Si deslumbró tus ojos su hermosura
¿pudiste ver, después, cosa más
[bella?
¿Puede existir otra creación más
[pura?

Al recuerdo se exalta.

Parecen sus guedejas desprendidas
al proyectar sus sombras en la tie-
[rra,
el estandarte de los Abbasidas
que conduce los fieles á la guerra.
¡Petos no hay que resistir lograran,
ni en Bagdad ni en Damasco fabri-
[cados,
las flechas tenebrosas que disparan
los negros en sus ojos emboscados!
Su hermosura es altiva ciudadela
que al asalto y al ímpetu provoca...
¡Es fina y ágil como una gacela
y tan dura y tenaz como una roca!

Pausa breve. Recordando.

Vagaba yo una noche, meditando
proezas dignas de humillar la fama,
por los jardines del alcázar, cuando
en mi camino apareció una dama.
Su fino velo levantóse al viento,
y contemplé su rostro pensativo
blanco de luna... ¡Desde aquel mo-
[mento
no sé si vivo en mí ó en ella vivo!
Y desde entonces se eclipsó mi es-
[trella,
y oculta pena el corazón me hiere
sin esperanza, porque soy de aque-
[lla
tribu indomable que de amor se
[muere!

Con desesperación.

Bajel sobre las olas zozobrante,
tan sólo aguardo, en mi dolor tan
[hondo,
que abra el mar sus abismos un ins-
[tante
para enterrar mis penas en su
[fondo!

OMAR

Animándole.

¡Jamás te entregues a la adversa
[suerte;
libra de esas tristezas tu memoria!
La gloria y la mujer aman al fuerte,
y al cobarde desprecia la victoria.
Da al olvido la causa de tus males
y recobra la paz, pues las hermosas
doncellas son lo mismo que rosales
que a todos los que pasan les dan
[rosas.

ABU ISHAC

Con celosa expresión.

Ella tan generosa es con Azhuna
como avara y colérica es conmigo...

OMAR

Riendo desdeñosamente.

¿Ella al lado de Azhuna?... ¡Es
[como una
fresca rosa en las manos de un men-
[digo!

ABU ISHAC

Con tristeza.

Al Alarife nuestro Emir exalta
sobre todos. Su mano se la en-
[trega...

OMAR

Enérgicamente.

¿Hay espiga, Abu Ishac, aun la
[más alta,
que respeten las hoces en la siega?
¿Qué te importa Alhamar? Tú eres
[más fuerte...
Contra su trono tu poder descarga...
¿Las flechas sibilantes de la Muerte
no conocen la fuerza de tu adarga?
Tu pendón flota en veinte baluartes,
tienes más grandes hechos en tu
[abono...
¡Alza contra Alhamar tus estan-
[dartes,
y a la par que tu amor, conquista
[un trono!
Todo está preparado... Cien faccio-
[nes
se alzarán por nosotros... ¿Qué más
[quieres?
¡Es hora de luchar como varones
y no de sollozar como mujeres!

ABU ISHAC

Exaltado, como si renaciese en él toda su indómita bravura.

¡Te sobra la razón, Omar! Es [hora
de volver por la fama de mi nom-[bre...
¡Maldito aquel que cual las hem-[bras lidia,
pudiéndose vengar igual que un [hombre!
Nada habrá de ceder á nuestro em-puje...
Resuenen ya las cajas militares...
¡Ahora verán cómo despierta y ruge
el león orgulloso de Comares!

Se oyen por la derecha músicas y cantos. Pasan antorchas entre los árboles. Omar se vuelve, receloso.

OMAR

En voz baja.

¿No escuchas? Alguien llega... [¡Vamos presto
por el portillo, cuya llave guardo,
a revisar las tropas y a dar órdenes
para que se preparen al asalto!

Se lleva á Abu Ishac por el portillo y cierra tras sí. Penetran por la derecha Alhamar y Azhuna conversando, seguidos de guardias y de pajes.

ESCENA IV

ALHAMAR, AZHUNA, UN PAJE, SOLDADOS Y PAJES

ALHAMAR

Cariñosamente.

¡Vuelve en ti, noble Azhuna! Tu [ánimo recupera;
en tu auxilio de nuevo llama a la [inspiración...
¡El mágico conjuro de tu cincel es-[pera
para surgir del caos la mas bellá [creación!

AZHUNA

Con desaliento.

¡No puedo, Emir, no puedo! Es [inútil... En vano
esta mano crispada mi altiva sien [golpea.
¡La realidad del sueño es agua en-[tre mi mano
y la forma indomable se rebela a la [idea!

ALHAMAR

¿Aspiras, por ventura, a más rico [tesoro?
Pídeme cuanto quieras... Para re-[compensarte
yo vaciaré mis arcas, aun cuando [todo el oro
de la tierra es bien poco para pagar [tu arte.
¿Es que al amor despiertas y sed [de besos tienes?...
¿Te hablaron ya los nardos de car-[nes de doncellas?...
Habla... ¡Mis propias manos te [abrirán mis harenes,
para que en ellos busques las vír-[genes más bellas!
¿Ceñir quieres la altiva corona de [Granada?
Dilo, Azhuna, y yo misma la pren-deré a tu frente.

AZHUNA

Desoladamente.

Ni riqueza, ni honores, ni amor... [¡No quiero nada!
¡Tu amistad me ha colmado de to-[do regiamente!

ALHAMAR

¿Por qué entonces mis súplicas [no atiendes?

AZHUNA

Con un gesto de impotencia.

¡Bien quisiera,
pero en mis horizontes la luz del sol [declina,
y no me queda un rayo ni un reflejo [siquiera
que escanciar en la roja copa de tu [colina!
En vano llamo al genio nocturno. [En vano invoco
los creadores relámpagos que ilu-[minan la mente...
Las sombras, sobre el alma, des-[cienden poco a poco...
¡Soy mudo que agoniza sin decir lo [que siente!

ALHAMAR

Húndete de las dudas en las olas [bravías,
y encontrarás las perlas...

AZHUNA

¡Encontrarlas anhelo!
Me hundo en el mar, y salgo con [las manos vacías.
¡Dios no lo quiere!... ¡Cúmplase [la voluntad del cielo!

ALHAMAR

Gravemente.

Es inmutable, Azhuna, el fallo [del destino...
Escrito está con astros sobre inmor- [tal zafir...
Cada espíritu tiene marcado su ca- [mino...
¡Todo cuanto está escrito se tendrá [que cumplir!

Queriendo convencer á Azhuna.

Recuerda; yo era sólo un mísero [mancebo
huérfano que labraba mis tierras en [Arjona,
y ahora, ya ves, prendida sobre el [el turbante llevo
de Granada la regia y sin igual co- [rona.

En voz más baja, paternalmente.

¡La voluntad suprema ha unido [nuestra suerte!
Yo soy mina que arroja los ásperos [metales,
y tú eres el artífice cuyo cincel con- [vierte
el metal tosco y duro en joyas in- [mortales...
¡No te amilanes nunca! Inspira- [ción te sobra
para dar feliz término á la empre- [sa intentada,
¿o dejarás que muera, sin acabar, [tu obra,
el florón más espléndido de la her- [mosa Granada?

AZHUNA

Emocionado y lleno de entusiasmo.

Es verdad; mis cinceles han [creado portentos,
sutiles minaretes y altivas atalayas.
Di a Granada corona de ricos mo- [numentos
y le ceñí un purpúreo cinturón de [murallas.
En la Colina Roja acumulando he [ido
todo cuanto de bello pudo soñar el [arte.
Un alcázar de hadas mi cincel ha [tejido
dentro de las murallas de un fuerte [baluarte.
Fulgen sobre sus muros cabalísticos [giros;
del amor y el ensueño agrandé los [confines,
labrándote este vívido estuche de [zafiros
para las esmeraldas de tus regios [jardines.

Como en un sueño.

Mas yo soñé otro alcázar, divino y [refulgente,
donde en constante fiesta y en un [perpetuo estío,
como en el Paraíso prometido al [creyente
ni el calor se sintiera ni se notase el [frío.
Un alcázar de fúlgidos y etéreos pa- [bellones,
con fuentes de alabastro y lámparas [de oro,
en cuyos patios llenos de aromas y [canciones,
al son de ocultas músicas, en armo- [nioso coro,
tejan danzas de amores odaliscas [lascivas,
y los ojos se entornen de placer pa- [ra verlas,
y donde el agua corra en gotas fu- [gitivas
semejando una lluvia de desatadas [perlas.

Abatido de pronto.

Llegué a tu trono en una tarde de [Primavera
embriagado de orgullo a ofrecerte [mi sueño...
¡Me diste medios para realizar mi [quimera,
y hoy renuncio a lograrla sintién- [dome pequeño!
Me vuelvo a mis tinieblas sin glo- [ria y sin laureles...
Los cielos han querido castigar mi [insolencia...
¡Ya mis manos no pueden sostener [los cinceles
y los rompo a tus plantas en señal [de impotencia!

ALHAMAR

Reconfortándole.

¡Jamás nos brinda en vano sus [dones la Fortuna!
¿Qué obstáculos se oponen a cum- [plir mi demanda?

¿Qué anhelas? ¿Qué pretendes?...
¡Responde pronto, Azhuna!
¡Tu amigo lo suplica y tu Emir te
[lo manda!

AZHUNA

Como el que se decide á revelar un secreto.

Pues bien; yo necesito atravesar
[la tierra
desde Oriente a Occidente, del Nor-
[te al Mediodía
para estudiar el arte que cada pue-
[blo encierra
e impregnar de otro nuevo vigor
[mi fantasía.
Quiero estudiar las huellas que
[otros cultos dejaran,
de todos los misterios penetrar los
[arcanos,
y te alzaré un alcázar como jamás
[soñaran
ni los genios celestes ni los dioses
[paganos.

ALHAMAR

¿Y esa es la sola causa que tu do-
[lor provoca?
Mis riquezas son tuyas... Partir
[puedes mañana...
¡Torna presto a traerme el joyel de
[mi toca!

UN PAJE

Acercándose al Emir.

¡Señor, a vuestro encuentro se acer-
[ca la Sultana!

ESCENA V

DICHOS. SOBEYA, AIXA, DAMAS, PAJES y ESCLAVAS. Penetran por la derecha Aixa, Sobeya y las damas al son de las músicas. Todos se agrupan en torno del kiosco.

AIXA

Besando las manos de Alhamar.

¡Felices ojos que vuelven
a contemplarte, Alhamar!
¡Buscándote en los jardines
hace dos horas están!...
¡En vano cantos y músicas
me quisieron alegrar,
pues la dicha sin tus ojos
no es dicha, sino pesar!

Se sientan en el banco de la puerta del kiosco.

Mas ¿qué hiciste en tanto tiempo?

ALHAMAR

Por los jardines vagar
con Azhuna, oir las músicas...
Recordarte a ti y soñar.

ESCENA VI

DICHOS y ALY BEN IBRAHIM que penetra precipitadamente por la izquierda.

ALY BEN IBRAHIM

A Alhamar aparte.

Señor, buscándote vengo...
El noble Muruan te aguarda
y hablarte a solas desea
de un asunto de importancia.

En voz baja.

Parece que ya en sus manos
tiene el hilo de esta trama.

ALHAMAR

En secreto.

¿Tú no sabes?

ALY BEN IBRAHIM

En secreto.

¡Sólo ha dicho
que redoblase la guardia
que custodia los jardines
y las puertas de tu alcázar!
El tiene ya el Albaicín
cercado...

ALHAMAR

A todos.

¡Vamos, en marcha!

Se va por la izquierda, conversando con Aly, precedido de pajes con antorchas. Le siguen la Sultana y el acompañamiento.

AZHUNA

Deteniendo á Sobeya.

Quédate... ¡Tengo que hablarte!

Sobeya se queda.

SOBEYA

Señalando el kiosco de la derecha.

¡Siéntate bajo estas ramas!

ESCENA VII

SOBEYA y AZHUNA (sentados en el banco de piedra).

SOBEYA

Aquí me tienes. ¿Qué me quieres?

AZHUNA

Tímidamente.

Tengo que darte una noticia...

SOBEYA

Sorprendida.

¿Una noticia?

AZHUNA

¡Mas tan triste
que el labio no quiere decirla!

Con ternura.

SOBEYA

Pues, habla, Azhuna... Esa tris-
[teza
en siendo tuya será mía...
¡Siendo de dos una tristeza
ya no es tristeza, es alegría!
Dime, ¿qué pasa?

AZHUNA

Tristemente.

Fatigado
de no poder dar forma y cima
al gran ensueño de mi alma
hablé al Emir de mi partida...
¡La inspiración que aquí no en-
[cuentro
voy a buscar en otros climas!

SOBEYA

Con alegría.

¡Parte, abandona estos lugares,
tiende tu vuelo, golondrina,
ya que la nieve cubre el monte
y los rosales se marchitan!

AZHUNA

Con voz trémula de dolor.

Mas ¿dónde iré, si aquí me dejo
mi sol, mis ojos y mi vida?

SOBEYA

Con infinita ternura.

Mas ¿quién te ha dicho que irás
[solo?
Yo alegraré tu compañía;
seré en tus manos como un báculo,
y con mi amor y mis caricias
de los zarzales del camino
te iré quitando las espinas.
Y si a tus ojos rinde el sueño,
y si el cansancio te fatiga,
sabré dormirte en mi regazo
como si fueras una niña.
Si en las arenas del desierto
sientes la angustia de la asfixia,
yo morderé mis propias venas,
y presentándote la herida
murmuraré:—¡Bebe mi sangre,
si ella tu ardiente sed te mitiga!

Pausa. Se quedan mirándose extasiados.

AZHUNA

Loco de felicidad.

¡Háblame! ¡Encanta mis oídos!
¡Sigue en mi espíritu vertiendo
todas las glorias de la tierra,
todos los éxtasis del cielo!

SOBEYA

Por las miserias de la vida
nos perderemos, como un vértigo
de amor, las manos enlazadas,
los labios juntos en un beso,
tejiendo con las realidades
guirnaldas para nuestros sueños!
¿Dónde alzaremos nuestra tienda?
¿Bajo qué arbusto, todo lleno
de blancas flores, nuestros cantos
deshojaremos a los vientos?
Habrá una luz de primavera;
brillará el mar como un espejo;
relucirán los minaretes
entre floridos limoneros...

Mirándole á los ojos.

Después veré por tus pupilas
pasar visiones del desierto;
desfilar lentas caravanas
de melancólicos camellos;
y entre el verdor de las palmeras,
junto a la cal del pozo nuevo,
brillar—marfiles rechinantes—
los blancos dientes de los negros.
Y cuando mustias nuestras alas
apenas puedan sostenernos,
suspenderemos nuestro nido
bajo el amparo de un alero,
en la casita que blanquea
entre floridos limoneros...

AZHUNA

En un arranque de esperanza, alucinado.

¡Y luego, abriendo nuestras alas
a nuestra patria tornaremos,
ciegas de luces las pupilas,
loco de amor el pensamiento,
a deslumbrar a los mortales
con el alcázar de mis sueños!

SOBEYA

Loca de amor.

¡Sígueme hablando, Azhuna mío!
¡Solos y pálidos soñemos
hasta que cieguen nuestros ojos
y hasta que ya no queden besos!

Se estrechan. Suenan atambores en el foro. Cruzan antorchas encendidas.

AZHUNA

Levantándose.

¿Oyes?

SOBEYA

Escuchando.

Resuenan tambores.

AZHUNA

Alarmado.

¡Veré qué pasa!...

SOBEYA

Resistiéndose á marchar.

Aquí te espero.

Señalando el kiosco. Se despiden. Azhuna se va por la derecha. Sobeya le sigue con la vista. Después se entra en el kiosco y se oculta en él. Se abre el portillo y aparecen cautelosamente Abu Ishac y Omar.

ESCENA VIII

SOBEYA (en el kiosco), ABU ISHAC y OMAR

ABU ISHAC

Avanzando hacia la izquierda, con recato. En voz baja.

Prepara los corceles. Con tus gentes
ese camino y el portillo guarda,
mientras yo, con cautela, me deslizo
a indagar el motivo de esa alarma.

OMAR

Con la misma voz.

¿Recelas algo?

ABU ISHAC

Mirando á todos lados.

Sí. Los Muruanes
fueron traidores siempre. ¡Son de
[raza!
Si nuestro plan se realizó, a los
[nuestros
por el portillo les darás entrada,
y si fuimos vendidos, como temo,
por él escaparemos de Granada.
Voy á buscar noticias.

OMAR

¡Ve tranquilo,
que mi acero te guarda las espal-
[das!

Omar desaparece por el portillo, que entorna tras sí. Abu Ishac avanza hacia la derecha.

ESECENA IX

ABU ISHAC y SOBEYA

ABU ISHAC

¡No más dudar! La suerte ya está
[echada...
¡Cúmplanse los designios de mi es-
[trella!

Al acercarse hacia la derecha, Sobeya se asoma á la puerta del kiosco, creyendo que es Azhuna, Abu Ishac retrocede al verla.

¿Qué sombra en el jardín vaga en-
[cantada
para turbar mi espíritu?...

Reconociendo á Sobeya y dando un grito de júbilo.

¡Sobeva!

SOBEYA

Indignada por el engaño, sin poder contenerse.

Siempre el mismo, Abu Ishac. ¿Te
[has convertido,
en mengua de tu honor, en un es-
[pía?
¡Siempre tu acento lúgubre en mi
[oído
siempre tu sombra tras la sombra
[mía!
Hasta en mis sueños a mi estancia
[vienes
a encadenarme en tu salvaje yugo,
y en el umbral inmóvil te detienes
clavando en mí tus ojos de ver-
[dugo!

ABU ISHAC

Temblando de emoción.

¿Por qué el sonido de mi voz te es-
[panta,
si es que al verme a tu lado hablar
[no puedo
sin que ahoguen los sollozos mi
[garganta
y dé a mi faz su palidez el miedo?

Se rehace. Aproximándose á ella.

¡Cuántas veces sentí, de gozo mudo,
cercenando cabezas como espigas,
rebotar en mi peto y en mi escudo
las flechas y las lanzas enemigas!
Risueño, sobre bárbaros bridones,
blandiendo mi lanzón con férrea
[mano,
reté a los valientes campeones
del aguerrido ejército cristiano!
¡Y ahora si te contemplo cara a
[cara,
se nubla mi pupila amortecida,
y de temor mi corazón se para
cual si fuera a escapárseme la vida!
En vano, en vano con mi orgullo
[lucho...
Como un veneno tu pasión respiro;
voy a oir, y tan sólo a ti te escucho;
voy a mirar, y sólo a ti te miro;
voy a hablar, y tan sólo sé tu nom-
[bre...

En un arranque de pasión, cayendo á sus pies.

¡Mira, mira a tus pies arrodillado,
igual que una mujer llorando a un
[hombre
que jamás de rodillas ha llorado!

SOBEYA

Emocionada por tanta amargura como refleja la voz de Abu Ishac.

¡Con qué imposible amor tu afec-
[to sueña!
¿Por qué sufrir y suplicar en vano?

Se acerca á él compasivamente.

¡Si mi pasión tus súplicas desdeña,
te tiende, en cambio, mi piedad la
[mano!

Le alza del suelo. Pausa breve. Como consolándole.

¡Vuelve a ti mismo y reflexiona so-
[bre
nosotros, pues no es justo que hu-
[millada
se incline una mujer obscura y po-
[bre,
la cerviz más altiva de Granada,
cuando ansiosas las damas de ofre-
[certe
el tesoro nupcial de sus amores,
dejan caer el velo para verte
pasar bajo sus ricos miradores!
Yo soy cual piedra en el camino
[rota...
¡Olvídate de mí!... Busca un dia-
[mante
digno de fulgurar en la garzota
que adorna la altivez de tu turbante.
El águila real las cumbres ama;
yo, igual que los jilgueros, sólo an-
[sío
para amar y cantar la verde rama
que humilde cuelga sobre el claro
[río...

ABU ISHAC

No calman tus razones mis eno-
[jos;
no me convencen... La pasión sin-
[cera
sin querer se nos entra por los ojos
y del cuerpo y del alma se apodera!

SOBEYA

Sin poder contenerse.

Eso mismo te digo... ¿Qué más
[quieres?
Será siempre imposible tu de-
[manda...
Jamás consuelo a tu dolor esperes...
¡Ni al corazón ni alma se les
[manda!

ABU ISHAC

Después de un momento de vacilación; exasperado.

Pues bien, Sobeya; si es inútil
[todo,
mis lágrimas, mi angustia, mi ago-
[nía;
si de ablandar tu corazón no hay
[modo...
¡Por la ley del más fuerte serás
[mía!
De mendigar tu pan mi amor pres-
[cinde
y en el más negro abismo se des-
[ploma...
¡Castillo que a razones no se rinde
al filo del alfanje se le toma!
¡Eres mi presa ya!

Va á arrojarse sobre ella. Sobeya se arroja á sus plantas, sollozando, con las manos cruzadas. Abu Ishac se detiene.

SOBEYA

¡Por todo cuanto
tu noble corazón haya querido,
ten lástima de mí!... ¡Bañada en
[llanto
y postrada a tus plantas te lo pido!

Abu Ishac vacila, conmovido.

Sé digno de tu fama... Vete... Ol-
[vida
esta loca pasión... ¡Ten piedad de
[una
débil mujer que no tiene en la vida
más consuelo y amparo que su Az-
[huna!

Abuc Ishac, que iba á marcharse, se vuelve, hacia ella, en un ímpetu de celos.

ABU ISHAC

El tigre de los celos que dormía
en mi pecho, a ese nombre se des-
[pierta,
y reclama su presa... ¡Serás mía!

Va á sujetarla. Ella se levanta en un arranque terrible de protesta.

SOBEYA

¡Nunca!... Ni viva... ¡Ni aun des-
[pués de muerta!

ABU ISHAC

Clavando sus dedos en un brazo de Sobeya.

¡Te arrastraré a mi lecho del ca-
[bello;
y para mitigar tantos enojos
entre mis dedos ceñiré tu cuello
hasta que salten de terror tus ojos!
¡Con un puñal desgarraré tu vida;
y con mis propias manos, ensan-
[chando

con las uñas los bordes de la herida,
te he de arrancar el corazón, y
[cuando
tu sangre haya apurado, gota á
[gota,
ludibrio de pecheros y de siervos,
tus restos colgaré de una picota
para festín de buitres y de cuervos!

Resuenan atambores. Los jardines se pueblan de soldados y de pajes con antorchas. Abu Ishac, sorprendido, deja escapar á Sobeya, que intenta huir por la derecha.

SOBEYA

Gritando.

¡Favor!... ¡Socorro!... ¡Cielos,
[amparadme!

Levanta los brazos al cielo. Abu Ishac, repuesto, corre hasta ella y la alcanza en el primer término de la derecha, cerca del kiosco. Omar se asoma al portillo con la espada desnuda, y al ver á Abu Ishac le grita.

OMAR

¡Sálvate, Abu Ishac! Nos han ven-
[dido...

Desaparece por el portillo.

SOBEYA

Forcejeando en brazos de Abu Ishac.

¡Suelta, suelta, traidor!...

A los soldados que aparecen por la izquierda.

¡Favor!... ¡Salvadme!...

Al ir á dirigirse Abu Ishac al portillo llevando en los brazos á Sobeya, se encuentra con Alhamar y los soldados que le rodean. Suelta á Sobeya, que corre á refugiarse entre los que acompañan al Emir. Abu Ishac desenvaina su espada y se apresta á la lucha.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, ALHAMAR, ALY BEN IBRAHIM, AZHUNA, SOLDADOS, PAJES y ESCLAVOS

ALY BEN IBRAHIM

A Alhamar.

¡El león en la trampa se ha me-
[tido!

Momento de expectación y de silencio. Los soldados forman dos filas detrás de Alhamar. Los pajes alumbran con sus antorchas. Abu Ishac permanece en mitad de la escena con la espada desnuda.

ALHAMAR

Gravemente, acercándose á Abu Ishac.

Nunca llegué ni a sospechar
[quien
que el más bravo caudillo de Gra-
[nada
llegase a hacer traición a su ban-
[dera.
Estás preso, Abu Ishac... ¡Dame
[espada

ABU ISHAC

Revolviéndose como un león acorralado.

¿Mi espada?... ¡Está a mi brazo
[tan unida
y les liga a los dos tan firme lazo
que aun después que mi cuerpo esté
[sin vida
tendrán con ella que arrancarme el
[brazo!

ALHAMAR

A Abú Ishac.

¡Date a prisión!

Los soldados cercan á Abu Ishac. Este describe un círculo de muerte con su espada. Los soldados retroceden.

ABU ISHAC

Mi orgullo desafía
el mercenario ardor de tus legio-
[nes..
¡Verás cómo a través de esa jauría
saben abrirse paso los leones!
Mal parados saldrán en esta caza
el tropel de tus perros familiares..

Los soldados retroceden más.

ALHAMAR

Colérico, á los soldados.

¡Desarmarle, cobardes!

Los soldados y algunos nobles acometen á Abu Ishac.

ABU ISHAC

Abriéndose camino con su espada hasta portillo.

¡Plaza!... ¡Plaza
al león orgulloso de Comares!

Desaparece por él, acuchillando á los soldados.

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

Las célebres ruinas de Elvira en las cercanías de Granada. Una gran explanada desde la cual se divisa un panorama soberbio. Al fondo, tras los restos de antiguos murallones cubiertos de hiedra, se ven las altas crestas nevadas de la Sierra del Sol. A la derecha, en segundo término, las ruinas de un alcázar. Sólo una torre se mantiene en pie. A la izquierda, las estribaciones de una fragosa montaña, erizada de altas rocas y cubiertas de espesa jara. Un camino atraviesa la escena de derecha á izquierda en el primer término. En el centro un arco trunco al pie de una encina gigantesca. Detrás del arco, y también atravesando la escena, un acueducto roto. Trozos de murallas, paredones con ajimeces vacíos, enredados de hiedras y de campanillas silvestres, por todas partes. Encinas y brezos. Escombros. La escena está poblada de soldados. En las estribaciones del monte, en las ruinas del alcázar y en las murallas del fondo, centinelas armados de lanzas.

ESCENA I

SOLDADO I y SOLDADO II

SOLDADO I

Levantemos los reales.

SOLDADO II

¡Volvamos pronto a Granada,
antes de que entre los riscos
de estas ásperas montañas
reboten nuestras cabezas
bajo la tajante espada
de los walís de Comares,
Andarax, Guadix y Málaga,
que como rondan los lobos
los rebaños, así andan
rastreando nuestros pasos
por estas fragosas guájaras!

SOLDADO I

Contra decretos celestes
no valen fuerzas humanas,
y el cielo y la tierra, próximas
calamidades presagian.

SOLDADO II

Anoche surgió la luna
tan roja, que semejaba
sobre los montes el lívido
rostro de una degollada,
¡y hasta lloraron los cielos
estrellas en vez de lágrima·

SOLDADO I

En voz baja.

Estremecióse la tierra,
desplomáronse las casas,
y abriéronse en estos montes
hondas simas que arrojaban
como bocas del infierno
vapores de azufre y llamas.

SOLDADO II

Idem, íd.

El Faquí de la Cadima,
anteayer, mientras rezaba
sobre el alto minarete
las oraciones del alba,
¡qué de cosas no vería
que de pronto perdió el habla;
y desde entonces demente
corre por calles y plazas,
desgarrándose la túnica
y mesándose la barba!

SOLDADO I

En voz baja.

Anoche aullaron los perros
en las puertas del alcázar;
y era su aullido tan lúgubre
que hasta el vello se erizaba,
cual si pasase en el viento
la sombra de algún fantasma.

SOLDADO II

Al salir por Puerta Elvira
Alhamar, esta mañana,
contra el remate del arco
rompió, sin querer, su lanza;
y desde entonces camina
sin hablar una palabra,
con los ojos en el suelo
y sobre el pecho la barba.

SOLDADO I

Dicen que empiezan a abrirse
sus heridas, y que embarga
tal desaliento su espíritu
por no mirar terminadas
las obras de ese palacio,
soberbio airón de la Alhambra,
que sin tregua sus pupilas
vierten raudales de lágrimas.

SOLDADO II

Las fatigas y trabajos
de seis años de campaña
contra los walís rebeldes,
han curvado sus espaldas.

SOLDADO I

Mirando hacia la izquierda.

Calla. Por aquel sendero,
con las manos apoyadas
en los hombros de su hijo,
hacia nosotros avanza.

SOLDADO II

¡Por la palidez del rostro
parece un muerto que anda!

Se dirigen hacia la derecha á reunirse con sus compañeros al pie de las ruinas.

SOLDADO I

¡No auguro bien de esta empresa!

SOLDADO II

¡Mal comienza la jornada!

Por la izquierda aparece Alhamar, apoyado en el hombro del príncipe Mohamad. Viene encorvado y pálido, andando trabajosamente, con los ojos clavados en el suelo y la barba fluctuando sobre el pecho. Le siguen á distancia Alí ben Ibrahim y Aben Fat.

ESCENA II

Dichos, ALHAMAR, EL PRINCIPE MUHAMAD, ALI BEN IBRAHIM Y ABEN FAT

PRÍNCIPE

Conduciendo filialmente á Alhamar al pie de la encina.

Padre, no te fatigues. Descansa aquí
[un momento.
Bajo el arco, a la sombra de esta
[encina, reposa.

ALHAMAR

Dejándose conducir trabajosamente, con voz opaca. Aben Fat, Alí ben Ibrahim se retiran al pie del acueducto.

¡Mi vida es como débil lámpara
[temblorosa
que se apaga al más leve suspiro de
[un aliento!

PRÍNCIPE

Da al olvido tus penas y recobra la
[calma.

ALHAMAR

Es inútil... Tan hondo es el mal que
[me hiere,
que ya de la flor mustia de mi cuer-
[po se quiere
escapar, cual perfume fugitivo, mi
[alma.

Se sienta en el basamento del arco.

¡Hace poco, una lágrima mi rostro
[humedecía,
cuando tú me ayudaste a bajar del
[corcel,
pensando que ya nunca mi mano
[volvería
a agarrarse a las crines para mon-
[tar en él!

Con amargura.

¡Ay, mucho más que el peso de mis
[setenta años,
mi vida como estas ruinas se des-
[morona
al minar lento y sordo de tantos
[desengaños...
¡Prepárate, hijo mío, á ceñir mi co-
[rona!

PRÍNCIPE

Intentando reanimarle.

¡No pienses más en eso! Estás ro-
[busto y fuerte
como esta vieja encina!

ALHAMAR

¡Más vacila mi planta!
La se va helando, y siento
[en la garganta
ese dogal de asfixia que nos tiende
[la muerte.
Va a eclipsarse mi estrella. Este ce-
[tro pesado
que sostener no pueden mis manos,
[te confío,
y con él mi Granada.

PRÍNCIPE

¡Cállate, padre mío
¡Te lo pido de hinojos, a tus plan
[tas postrado!

ALHAMAR

Poniendo su mano trémula sobre la espalda de su hijo.

El hombre es sombra vana... ¡ni de
[su suerte es dueño!
Principio y fin ignora... La mano
[de Dios hace
y deshace los tronos... El Rey que
[se complace
en su poder se deja engañar por un
[sueño.

Lo levanta y le sienta á su lado.

¡Oye bien, hijo mío! Si quieres que
[tu fama
supere a la de todos los Reyes de la
[tierra,
liberal en las paces y valiente en la
[guerra,
como a tus propios hijos a tus súb-
[ditos ama.
Contra el destino adverso no hay
[escudos ni torres...
Todo bajo su influjo transfórmase y
[varía...
¡Nunca niegues limosnas, porque
[quizás un día
le tenderás las manos al mismo que
[hoy socorres!
En liberal y pródigo a las nubes
[iguala,
a la misma justicia con tu justicia
[asombra;
y sé como esos árboles frondosos
[que dan sombra
al leñador que impío con su segur
[los tala
¡Haz que el débil te ame y los fuer-
[tes te teman!
¡No prestes nunca oídos a las adu-
[laciones.
y huye de los malvados que son co-
[mo carbones:
apagados nos manchan y encendi-
[dos nos queman!
Al sabio presta apoyo, sé del artista
[amigo;
ellos son como tierra fértil, que por
[un grano
de simiente que arroje en los surcos
[tu mano,
luego harán que tus trojes se des-
[borden de trigo.
Pon ya término a esta contienda
[fratricida
que hace más de seis años a Grana-
[da devora...
Haz que tus actos sean espejos de
[tu vida...
¡Sólo de Dios auxilios y protección
[implora!

Con creciente exaltación y voz trémula.

Cuánto siento, hijo mío, que con mi
[vieja espada
y mi cetro y mi reino, darte también
[no pueda
las llaves de ese alcázar... Corona
[que se queda
suspendida, esperando las sienes de
[Granada!...
Tranquilo expiraría, si al menos la
[fortuna
me hubiese concedido mirarle ter-
[minado...

Desesperándose, estremecido de súbito por honda emoción.

Ha seis años que espero el regreso
[de Azhuna,
¡y parece que a Azhuna la tierra se
[ha tragado!

Levantando y extendiendo los brazos hacia la lejanía.

¡Oh, Granada, Granada, cómo en
[mis sueños brillas!
Tu altiva sien corona mi Alcázar de
[las Perlas...
Mas no es dado a mi alma gozar sus
[maravillas...
¡Se cerrarán mis párpados antes
[que pueda verlas!

Desvariando, con los ojos visionarios y el busto erguido.

¡Oh, cómo resplandecen bajo los
[claros astros,
cual flechas de diamantes tus vivos
[surtidores,
los oros y las púrpuras que esmal-
[tan tus labores,
y la plata que insomne brilla en tus
[alabastros!

Da algunos pasos vacilantes, y falto de fuerzas se apoya en el tronco de la encina.

El silencio me envuelve... se entur-
[bia mi pupila...
Entre mis secos labios la vida quie-
[re huir,
y bajo el pie la tierra se estremece y
[v
cual si para tragarme su boca fuese
[abrir!

Delirando.

Azhuna, vuelve pronto a realizar mi
[empeño...
¡Mi Alcázar de las Perlas!...

PRÍNCIPE

Con voz estremecida de dolor.

¡Vuelve en ti, padre mío!

ALHAMAR

Cayendo en un síncope.

Mas todo disipóse cual se disipa un
[sueño.

PRÍNCIPE

¡Socorro, capitanes!

Allí ben Ibrahim, Aben Fat y algunos caballeros acuden á socorrerle.

IBRAHIM

¿Qué pasa?

PRÍNCIPE

En ti confío,
Aben Fat, en tu ciencia.

Silencio de ansiedad. Aben Fat se inclina y reconoce á Alhamar. Levantando lentamente la cabeza y dirigiéndose al príncipe.

ABEN FAT

Señor, es impotente,
para salvar su vida toda la ciencia
[humana.
En la ciencia divina confiar sola-
[mente...
¡Sólo Dios las dolencias del espíri-
[tu sana!

IBRAHIM

¡Transportémosle pronto!

PRÍNCIPE

Besando á su padre en la frente.

Aben Fat, está frío
como un muerto.

ABEN FAT

No temas. ¡Ten en Dios confianza!

Allí ben Ibrahim y algunos caballeros transportan cuidadosamente á Alhamar, saliendo con él por la derecha. Tras ellos se van también el Príncipe y Aben Fat.

PRÍNCIPE

Dime, Aben Fat. ¿No queda siquie-
[ra una esperanza?

ABEN FAT

¡Cúmplanse los designios del Se-
[ñor!

PRÍNCIPE

¡Padre mío!...

ESCENA III

CAPITAN, SOLDADO I, SOLDADO II y SOLDADOS. Redoblan atambores. Los soldados descienden hasta el camino por todas partes y se agrupan en torno de la bandera.

CAPITÁN

¡Levantemos la bandera!
¡En esa villa acampar!

Señalando la derecha. Ondea la bandera.

SOLDADO I

Llegando.

¿Qué pasa?

SOLDADO II

Idem.

¿Qué nos sucede?

CAPITÁN

¡Está expirando Alhamar!

SOLDADO I

Tendiendo los brazos al cielo.

Señor, ¿qué va hacer Granada
si le quitas a Alhamar?

SOLDADO II

Idem.

¡Sin pastor que los defienda
los rebaños morirán!...

SOLDADO I

¿Quién hilará nuestras ropas
si lana no habrá que hilar?

SOLDADO II

¡Sin fuente que le dé riego
las mieses se agostarán!...

SOLDADO I

Si en las eras no hay gavillas,
¿quién va a moler nuestro pan?

SOLDADO II

Al primero.

¡Ya te dije que esta empresa
por fuerza acababa mal!

Los soldados desfilan, al son de los atambores, por la derecha, precedidos del capitán, que lleva la bandera.

ESCENA IV

ALIATAR y OZMIN aparecen de entre las ruinas del Alcázar y descienden cautelosamente hasta el proscenio.

ALIATAR

En seis años de espionaje,
ojos y oídos atentos,
deslizándonos cual sombras
por todos los campamentos,
husmeando lo que dicen
igual que la caza el perro,
nunca hicimos una presa
mejor que la que hemos hecho.

OZMÍN

Andar en un sobresalto
continuo; temblar de miedo

bajo el ojo que nos mira,
que nos descubra temiendo.
Andar siempre vigilando,
sin dormir, porque en el sueño
no vaya el labio imprudente
a decir nuestro secreto...
Así vivimos seis años
en servicio de los nuestros.

ALIATAR

¡Oh, granadinos, en vano
aguzáis vuestros ingenios!
¡Buscáis fuera los espías
sin recelar que están dentro,
formando en vuestras banderas
y a costa vuestra viviendo!

OZMÍN

Mas no perdamos instantes...
De cuanto ocurre avisemos
a Abu Ishac, que espera oculto
en la cumbre de aquel cerro.

Señalando al de la izquierda.

Yo voy a dar las señales,
y aquí su llegada espero...
¡Tú, en tanto, desde esa torre,
vigilarás los senderos!

Indica las ruinas de la derecha. Aliatar se dirige á la torre y se oculta en ella. Ozmín asciende por las estribaciones del monte de la izquierda. Desde una peña lanza un agudo silbato. En la cima le contestan y aparecen en ella Abu Ishac y Omar, y á un signo de Ozmín descienden cautelosamente entre las rocas.

ESCENA V

DICHOS, ABU ISHAC Y OMAR

OMAR

Descendiendo seguido de Abu Ishac.

¿Qué pasa, Ozmín? Las huestes enemigas
¿por qué alzaron el campo?
Ocultos como zorros, en las cuevas
de ese fragoso monte, los miramos
desbandarse a la próxima alquería.

OZMÍN

Lleno de júbilo, dirigiéndose á Abu Ishac.

El Señor nos protege... Nuevas traigo
que te han de bendecir de gozo...
¡La corona
de Granada, señor, está en tus manos!

OMAR

Mas ¿qué pasa?

ABU ISHAC

Distraído.

¿Qué dice?

OZMÍN

De repente.
Alhamar desmayóse, y transportaron
su cuerpo hasta esa villa.

Señalando á la derecha.

Dice Aben Fat que no hay remedio humano
que le pueda salvar.

OMAR

Parte al momento
y dinos cómo sigue... Aquí esperamos.

OZMÍN

No temer. Aliatar, mientras regreso
se queda en esa torre vigilando.

Se va precipitadamente por el camino de la derecha. Abu Ishac se apoya pensativo en una columna.

ESCENA VI

ABU ISHAC, OMAR y ALIATAR (oculto).

OMAR

¿Qué piensas, Abu Ishac, de todo esto?

ISHAC

Indiferentemente, como si hablase consigo mismo.

Es inútil luchar contra el destino.
En mí sus ojos la desgracia ha puesto
y me acecha en las sombras del camino.
Los más nobles esfuerzos serán vanos.

OMAR

Mas si muere Alhamar, tuyo es el trono.
Su hijo será un juguete en nuestras manos.

ISHAC

Desdeñosamente.

Ni cetros ni juguetes ambiciono...
¡Mi árido corazón no aspira á nada!

OMAR

Mas a pesar de todo, nuestra gente
ha de poner sobre tu altiva frente
la soberbia corona de Granada.

ABU ISHAC

Con honda amargura.

¿Para qué una corona? ¡Qué me importa!
Ya perdí la esperanza... Y sólo quiero
ver cómo el hilo de mi vida corta
de la Muerte el eterno mensajero!

Acercándose á Omar.

Cuando en estos seis años de con-
[tienda
me viste, como un bárbaro, a tu
[lado,
luchar en cien combates y a mi
[tienda
volver como un león ensangren-
[tado;
cuando delante de mi ciego arrojo
desbaratado el enemigo huía,
y a mi blanco corcel tornaba rojo
la sangre que mi cólera vertía;
y a los golpes certeros de mis bra-
[zos,
como bajo la hoz mieses maduras,
rodaban las cabezas, y a pedazos
saltaban las más recias armaduras,
tal vez alucinado murmuraste:
—¡Con qué ardor este bárbaro am-
[biciona
ceñir a su turbante una corona!...—
Mas yo te juro, Omar, que te enga-
[ñaste.
Pues sólo ambicionaba mi esperanza
y ¡vive Dios que de verdad te ha-
[blo!
morir bajo el empuje de una lanza
o clavado al borrén por un venablo.

Se apoya, fatigado, en un arco roto.

OMAR

Con interés.

¿Por qué tu faz de angustia pali-
[dece?
¿Por qué tus ojos de coraje lloran?
¿Qué obscuro pensamiento te en-
[tristece?...
¿Qué pesares recónditos devoran
tu corazón, como en los arenales
desgarran, a la luz de la mañana,
con sus voraces dientes, los chaca-
[les,
los restos de perdida caravana?

ABU ISHAC

Decidiénose á hablar, con voz trémula.

¿No has sentido jamás en tu exis-
[tencia
el yugo del amo? ¿Nunca has so-
[ñado
hablar a una mujer, y a su presencia
sin voz y sin aliento te has que-
[dado?
¡No sabes lo que son en sus pasio-
[nes
las gentes de mi raza, esos guerre-
[ros
que mueren en la lid como leones
y son para el amor como corderos!

OMAR

Tímidamente.

¿Aún perdura en tu espíritu So-
[beya?

ABU ISHAC

Con intensa emoción.

¡Intentarla olvidar es vano em-
[peño!...
¡Me duermo, y sólo con su imagen
[sueño,
y al despertar no pienso más que en
[ella!
A mí mismo este amor me causa es-
[panto...
Sin ella la existencia es una carga...
¡Como todo lo riego con mi llanto,
el agua sabe a hiel y el pan me
[amarga!

OMAR

Animándole.

Deja, que el tiempo sanará tu he-
[rida...
En tu gloria futura reflexiona...
¡La pena más tenaz pasa y se ol-
[vida
bajo el regio esplendor de una co-
[rona!

ABU ISHAC

¿Cómo olvidarla si una vez la
[viste?
¿Cómo arrancar del alma su her-
[mosura?
¡El verdadero amor es siempre
[triste,
y ni el poder lo alegra ni lo cura!

OMAR

Del veneno nos salva otro veneno,
y de un amor hostil otros amores.
¡Consuela tu dolor sobre otro seno...
¡La tierra no se cansa de dar flo-
[res!

ISHAC

¡No hay tesoro que iguale a su te-
[soro!
Para dar al olvido sus desdenes,
he intentado poblar a peso de oro
de vírgenes y esclavas mis harenes.
Mas en vez de olvidarla, recordaba
con más ansia sus mágicos hechi-
[zos.

y cuando alguna, lúbrica danzaba,
suelto el torrente de sus negros ri-
[zos,
por más que fuese insinuante y
[bella,
su recuerdo, al oído, me decía:
—¡Si delante de ti danzase ella,
tu corazón de gozo estallaría!

ALIATAR

Asomándose á lo alto de la torre y señalando el sendero de la izquierda.

Alguien llega, Abu Ishac, por esa
[senda.
Ascender a esta torre... Esperare-
[mos
aquí escondidos a que Ozmín re-
[grese...
¡Daos prisa, señor, que pueden ve-
[ros!

OMAR

A Abu Ishac, que permanece inmóvil como olvidado de todo.

Vámonos, Abu Ishac.

ISHAC

¿Para qué? Deja
que llegue el enemigo, y que su
[acero
hunda en mi corazón hasta arran-
[carme
esta pasión que sofocar no puedo.

Dejándose arrastrar por Omar, desaparecen entre las ruinas de la torre.

ESCENA VII

AZHUNA y SOBEYA

Entran lentamente por la izquierda. Azhuna vuelve demacrado, pálido, envejecido, con el blanco alquicel hecho jirones. Su diestra se apoya en un grueso palo de espino, de cuya punta cuelga una calabaza, y la otra mano descansa en el hombro de Sobeya. En su espalda pende un amplio morral de piel de camello. Sobeya regresa también cubierta de polvo, con el rostro tostado por el sol y las vestiduras descoloridas. Conduce cariñosamente á Azhuna hasta las ruinas del primer término de la izquierda.

AZHUNA

¡Gracias, Señor! ¡Hemos logrado
pisar las tierras granadinas!

SOBEYA

Reposa un poco, reclinado
en los escombros de estas ruinas.

AZHUNA

Busca su nido el ave herida,
las flores tienen su cubil,
y en los peñascos donde anida
duerme sus sueños el reptil.
Sólo el humano peregrino
nunca ha sabido ni sabrá
sobre qué piedra del camino
su último sueño dormirá.

SOBEYA

Con la hermosura del paisaje
olvida, Azhuna, tu sufrir.

AZHUNA

Se sienta al pie del arco y se queda con la frente entre las manos.

Que ha sido inútil mi viaje,
¿cómo decírselo al Emir?
Cuando después de tantos años
¿qué traes?—pregunté—, le diré:
—Señor, tan sólo desengaños
en mi camino coseché.
¡Vuelvo más mísero que antes!
¡Cuando soñabas que traería
llena mi alforja de diamantes,
mírala Emir, ¡está vacía!...
¡Y este terrible desconsuelo
procuro en vano mitigar!

SOBEYA

Con esperanza.

¡Espera, Azhuna! Aún puede el
[cielo
algún milagro realizar!

AZHUNA

¡Siempre tu voz murmura: espera!
Suena piadosa en mi dolor
constantemente, cual si fuera
algún aviso *del Señor*!

Breve pausa.

Hace seis años que dejamos
Granada, para terminar
aquel joyel con que soñamos
su altiva frente coronar.
Cruzamos mares y desiertos,
aludes, lluvias, tempestades,
grandes naciones, pueblos muertos
y cien fantásticas ciudades.
Mas la desgracia fué conmigo
y hallar mis sueños no logré...
Igual que un mísero mendigo
ciego, guiado por tu fe,
supliqué en una y otra parte
remedios para mi aflicción...
¡Mas sus consuelos negó el Arte
a mi cansada inspiración!
Como remota polvareda
vi disiparse mi ideal...
¡Para mis manos ya no queda
ninguna rosa en el rosal!

SOBEYA

¡No te fatigues! Cobra aliento
porque el rosal no se ha agostado.

¡Espera! ¡Espera, pues presiento
que has de alcanzar lo que has so-
[ñado!

AZHUNA

¡Cómo te engaña tu cariño!...
¡Contemplo estrellas en el mar
y llora a solas como un niño
por no poderlas alcanzar!

SOBEYA

Llena de esperanza.

No desesperes todavía;
yo he oído decir que cada ser
tiene una estrella que le guía
y le somete a su poder.
No sé por qué signo secreto
miro el lucero vespertino,
como si fuese un amuleto
contra el influjo del destino.
Si alzo los ojos a su esfera,
en áureas cifras siempre leo
algo que dice:—¡Espera!... ¡Es-
[pera!...
¡Logrará, Azhuna, su deseo!

AZHUNA

Mas ¡ay, Sobeya!, esperé tanto
que más no puedo ya esperar...
¡Como las riego con mi llanto
mis flores mueren al brotar!

SOBEYA

¡Anímate!... Para dar una
tregua de paz a tu aflicción,
bajo esta luz ¿quieres Azhuna
que te recite una canción?

AZHUNA

El agua clara, fresca y pura,
para los labios del sediento,
no tuvo nunca la dulzura
que para mí tiene tu acento.
¡Tan sólo oyendo tu poesía
se alegra un poco la mirada!

SOBEYA

Pues bien; escucha la elejía
de esta ciudad abandonada.

Se levanta y recita.

Por donde quiera que la vista ex-
[tiendo
sólo contemplo ruinas.
Palacios que en las áridas colinas
se van, al sol, en polvo desha-
[ciendo;
y con sus capiteles mutilados,
sus arcos truncos y columnas rotas,
en la llanura gris medio enterrados,
resucitan catástrofes remotas;
y evocan, bajo el sol de la mañana,
las mondas osamentas colosales
de alguna gigantesca caravana
perdida en los desiertos arenales.
Donde antes se elevaban a los vien-
[tos
el alcázar, la torre y la mezquita
de sólidos cimientos
y muros de alabastro y malaquita;
y hubo calles y plazas populosas,
academias y espléndidos bazares,
y jardines de nardos y de rosas
y huertos de granados y azahares;
hoy tan sólo se ven escombros,
[piedras
gastadas, murallones
comidos por la lepra de las hiedras,
lápidas con borrosas inscripciones;
desangrados ladrillos que enrojecen
el polvo con sus lúgubres destellos,
y rotos acueductos que parecen
gigantes esqueletos de camellos;
torreones sombríos
enseñando las caries de sus mellas,
y hasta algún ajimez de ojos vacíos
muriéndose a la luz de las estrellas!
¿Quién modita en altos alminares?
¿En dónde están las cajas militares,
adulfes, añafiles y atambores,
cuyos roncos clamores
hablaban de la gloria y de la guerra,
y a cuyo son, desnudos los aceros,
en sus yeguas volaron los guerreros
a conquistar para el Islam la tierra?
¿Dónde el rumor marino
de la plebe en los zocos congregada
para escuchar la voz del adivino
y la flauta encantada,
con cuyas dulces notas temblorosas
lentamente adormece el beduino
a las negras serpientes venenosas?
¿Al pie de qué entreabierta celosía
da la guzla a la noche su poesía,
en tanto que los claros surtidores
comentan en su lengua melodiosa
que se murió de amores
un pobre ruiseñor por una rosa?
¡Ya de tanto esplendor no queda
[nada!
¡Todo trocóse en polvo lentamente!
¡Tal la ciudad fantástica, encan-
[tada
de las viejas leyendas del Orien-
[te!...
Hoy, sólo a veces en la zarza asoma

su achatada cabeza la serpiente
siguiendo el vuelo de alguna pa-
[loma.
¡Resplandece el lagarto en los zar-
[zales
ásperos, como una
viva esmeralda, y en los arenales
fosforece la plata de la luna
en el ojo cruel de los chacales!
Nadie viene a llorar entre sus ruí-
[nas...
Hasta las golondrinas,
al no encontrar ni el quicio de una
[puerta
donde colgar el nido,
de la ciudad abandonada y muerta
para siempre han huído.
Sólo un pastor a visitarte viene...
En el claro de un arco se detiene,
y en tanto que sus cabras ramonean
y en el mustio verdor de las mara-
[ñas,
y los secos mastines olfatean
los rastros de nocturnas alimañas,
descolgando la gaita de los hom-
[bros,
se sienta en los escombros...
Y entona tan doliente melodía,
que una lágrima rueda en cada
[nota...
¡Tan triste es la canción, que se
[diría
que llora tu silencio gota á gota!

Pausa breve. Azhuna abre los ojos como quien despierta de un bello sueño. Empieza á declinar la tarde.

AZHUNA

Como esas ruinas es mi alma;
ayer fué grande entre las grandes,
y hoy es tan sólo polvareda
que a su capricho aventa el aire.

SOBEYA

No sufras más... ¡Espera! ¡Espera!
¡Mira el lucero de la tarde!...

Señalando al Oriente.

¡En los picachos de aquel monte
los últimos rayos solares
al fulgurar sobre la nieve
fingen quiméricos alcázares!

Azhuna se levanta de pronto, dando un grito de júbilo al mirar los maravillosos portentos que el crepúsculo finge en la nieve de las cumbres.

AZHUNA

¡Mira, Sobeya! ¡Ya comienza
mi loco ensueño a realizarse!

Cayendo de rodillas, con los brazos tendidos al Cielo, mirando la Montaña del Sol.

¡Gracias, Señor! Cuando el se-
[diento
sobre los secos arenales
cerró los ojos bajo el manto
para morir, tú le mostraste
la clara fuente milagrosa
que hizo brotar algún Arcángel!

SOBEYA

Para el que sabe esperar, siempre
truécase el sueño en realidades,
porque nos da Naturaleza
lo que negarnos quiso el Arte!

Azhuna saca del morral una larga tira de cuero y se dispone á copiar lo que ve, loco de entusiasmo.

AZHUNA

Voy a copiar estos portentos...
¡Ve cómo surgen en el aire
muros, columnas y altas cúpulas
de oro, de púrpura y de jaspes!

Se va exaltando. Sus ojos fosforecen, su mano tiembla, el cansancio y la emoción le ahogan.

¡No puedo más!

SOBEYA

Socorriéndole en sus brazos.

Castañetean
tus blancos dientes, tu pie arde...

AZHUNA

La sed abrasa mi garganta...
¡Sobeya, un sorbo de agua tráeme!
Ve hasta la próxima alquería,
mientras mi Alcázar copio, antes
que muera el sol y entre las som-
[bras
vaya de nuevo a disiparse!
Tú ya conoces el camino...

SOBEYA

Cogiendo la calabaza y marchándose rápidamente.

Azhuna, adiós... ¡Vuelvo al ins-
[tante!

Desaparece por la derecha.

AZHUNA, ABU ISHAC, OMAR ALIATA y OZMIN

AZHUNA

Trazando los planos al pie de la encina.

¡Oh, noble Emir, ya podré altivo
ante la corte presentarme,
y si tu labio me pregunta:
—¿En las alforjas, qué me traes?
Diré mostrándote estos planos:
—Señor, te traigo lo más grande

y lo más bello que en la tierra
pudieron ver ojos mortales!
¡Oh, ya tu Alcázar de las Perlas
puede triunfal alzarse al aire,
y coronar la altiva frente
de la mejor de las ciudades!

Aparecen Abu Ishac, Omar y Ozmín detrás de la torre y se acercan al primer término de la derecha.

OMAR

En voz baja.

¿Recuperó la voz?

OZMÍN

Sólo un momento.
Estos ojos le han visto
en su lecho, cercado de los nobles,
llamar a Azhuna con ahogados gri-
[tos:
—¡Oh, vuelve, Azhuna, a terminar
[tu obra!
¡Cúmpleme lo ofrecido!...
¡Mi Alcázar de las Perlas!—y de
[súbito
desmayóse en los brazos de su hijo.
Aben Fat asegura que sus ojos
no verán las estrellas. Se han re-
[unido
los nobles en consejo, y al cristiano
mandaron cartas reclamando auxi-
[lios
para elevar al Príncipe en el trono...
Yo vi los mensajeros... ¡Son propi-
[cios
los momentos!... ¡Señor, aprove-
[charlos!

A Abú Ishac.

AZHUNA

¡Gracias, gracias, Dios mío,
porque has dejado que mis ojos vie-
[sen
lo que mortales ojos nunca han
[visto!
¡Por este Alcázar ha de ser Granada
admiración y pasmo de los siglos!

Se levanta y oculta cuidadosamente los planos en la escarcela.

OMAR

Reparando en Azhuna en el momento en que esconde los planos.

Mas ¿quién es ese hombre?

Abu Ishac y Ozmín se vuelven á contemplarlo.

OZMÍN

Mirándolo fijamente.

Un mensajero
que va al cristiano a demandar au-
[xilio.
¿No ves con qué cuidado
se oculta en la escarcela el perga-
[mino?

ISHAC

Apoderaos de él.

OZMÍN

¡Vamos al punto!

OMAR

¡La muerte le daré si lanza un
[grito!

Omar y Ozmín se encaminan con sigilo por entre las ruinas para coger de espaldas á Azhuna. Abu Ishan avanza lentamente por el camino.

OMAR

A Ozmín, mientras caminan.

Sujétale los brazos.

OZMÍN

¡Este día
buenas presas nos brinda la for-
[tuna!

Caen de pronto sobre Azhuna, que, sorprendido, se alza violentamente.

OMAR

¡Dame pronto esos pliegos!

ISHAC

Contemplando á Azhuna en el momento de ponerse en pie.

¡Por fin!... El mismo infierno me
[lo envía.

OMAR

Desenvainando el acero. Azhuna retrocede dispuesto á defender su tesoro.

¡Dame esos pliegos!

AZHUNA

No. Aun cuando siegue
mi garganta tu espada,
no esperes que te entregue
pliegos que son la gloria de Gra-
[nada.

OMAR

Poniéndole un puñal en el pecho.

¡Suelta, suelta!

AZHUNA

Gritando desesperadamente.

¡Socorro!

OZMÍN

Estrechando el cuello entre sus manos.

¡No des voces!

AZHUNA

¡Tened piedad!

ISHAC

Mirándole fijamente, con sonrisa feroz y cruzándose de brazos ante él.

Azhuna, ¿me conoces?

AZHUNA

¡Si tu alma a la piedad no está dor-
[mida,
Abu Ishac, de rodillas te lo ruego!
¡Defiéndeme, señor, porque este
[pliego
mucho más vale que mi propia vida!
¡Es mi gloria! La gloria de Gra-
[nada,
su joyel más preciado y refulgente...
¡La corona a los genios arrancada
que ha de ceñir de eternidad su
[frente!

ISHAC

Con ira reconcentrada.

¡Mírame bien, Azhuna! Hace seis
[años
que muriendo de odio, hosco y som-
[brío,
como acechan los lobos los rebaños,
constantemente tu regreso espío.
¡Nadie puede librarte de mis iras!
¡No esperes compasión! Que no
[bastara
para saciar el odio que me inspiras
que cien veces la vida te arrancara.
¿Pedirme que te ampare?... ¡Es in-
[solencia!
¡Para borrar del todo tu memoria,
no sólo he de arrancarte la existen-
[cia,
sino también tu amor... y hasta la
[gloria!

Con furor creciente.

Asaltaré a Granada con mi gente,
sus moradores pasaré a cuchillo,
y tiraré por tierra aquel castillo
con que soñaste coronar su frente.
Y cuando ya no queden ni cimien-
[tos,
de algún verdugo las sangrientas
[manos
en los escombros quemará tus planos
y echarán sus cenizas a los vientos.
Dame pronto esos pliegos.

AZHUNA

Con súbita energía.

¡No, no quiero!
¡Son mi vida! ¡La gloria de mi
[arte!

OMAR

¡No grites, porque nadie ha de am-
[pararte!

ISHAC

Desnudando el puñal.

¡Sediento de tu sangre está mi
[acero!

AZHUNA

No necesito auxilios ni socorros,
ni me asusta el fulgor de esas espa-
[das...
Los sabré defender a dentelladas,
como el león herido á sus cachorros.

Abu Ishac se arroja sobre él y le sujeta el cuello con una mano. Azhuna forcejea desesperadamente.

ISHAC

En voz muy baja, levantando el puñal.

Dime antes de morir... ¿qué es de
[Sobeya?

AZHUNA

Inútilmente me preguntas... ¡Hiere
cuando quieras, cobarde!

ISHAC

Le hiere en el pecho.

¡Pues bien, muere!
¡No te he matado yo!... ¡Te mató
[ella!

Azhuna cae herido al pie de la encina, con las manos aferradas á la escarcela.

ALIATAR

Que sale precipitadamente de la torre.

¡Huir pronto! ¡Un tropel de gente
[armada
se aproxima, señor, por este lado!

Señalando el camino de la derecha.

Abu Ishac se inclina sobre Azhuna y se apodera de los planos.

AZHUNA

Intentando incorporarse, con un grito de desesperación.

¡Oh, mis planos! ¡La gloria de
[Granada!

ALIATAR

¡Huyamos por allí!

Señalando la cumbre de la izquierda. Ascienden los cuatro precipitadamente.

ISHAC

Agitando los planos en lo alto de la cumbre.

¡Ya estoy vengado!

AZHUNA

Haciendo un esfuerzo supremo se incorpora y se arrastra hasta las estribaciones del monte, intentando trepar entre las rocas.

¡No te escondas, ladrón, en esa sie-
[rra!
Nada te ha de valer, pues si te su-
[bes
a la cumbre más alta de la tierra,
aunque te encaramases a las nubes,
arrastrándome igual que las ser-
[pientes,
allí te iré a buscar, para arrancarte

mi gloria... ¡Y con las uñas y los
[dientes
el corazón y el alma devorarte!

Se desploma y rueda al pie de unos árboles...

ESCENA ULTIMA

AZHUNA (herido), SOBEYA, ALI BEN IBRAHIM, UN CAPITAN, SOLDADOS, penetran por la derecha precedidos de Sobeya, que vuelve con la calabaza llena de agua.

IBRAHIM

Pronto... ¿Dónde está Azhuna, que
[no cesa
Alhamar de llamarle delirando...
El le puede salvar...

SOBEYA

Al pie de esa
encina está sus planos terminando.

IBRAHIM

Mas allí ya no está. ¡Míralo!

SOBEYA

¿Dónde
sin esperar mi vuelta se habrá ido?

Llamando.

¡Azhuna! ¡Azhuna!

Todos indagan por la escena.

CAPITÁN

¡Azhuna!

IBRAHIM

¡No responde!

CAPITÁN

Viendo de pronto á Azhuna entre las rocas.

¡Allí, entre aquellas rocas, está he-
[rido!

Sobeya da un grito desgarrador. Después se precipita sobre el cuerpo de Azhuna, abrazándose á él. Todos la siguen.

SOBEYA

Levantando en sus brazos la cabeza de Azhuna.

¡Qué mano criminal te dió la
[muerte?
Respóndeme, mi bien... ¡Quién me
[diría
que el agua que piadosa fuí á
[traerte,
fuese el agua también de tu ago-
[nía!...
¡Vuelve a mis tristes ojos tu mi-
[rada!
Habla mi amor... ¿Por qué en ca-
[llar te empeñas?

AZHUNA

Abriendo los ojos é intentando incorporarse. Sobeya le sostiene.

¡Me han robado la gloria de Gra-
[nada!
Abu Ishac... y perdióse entre esas
[breñas...
No le puedo seguir... ¡Estoy he-
[rido!

Con suprema amargura.

¡Se extinguirá, Sobeya, mi memo-
[ria!

SOBEYA

En un arranque inaudito de amor.

¡El amor es más fuerte que el ol-
[vido!

Se levanta. Las manos están bañadas en sangre. Después se inclina sobre Azhuna.

¡Azhuna! por tu nombre y por la
[gloria
de tu Granada, la ciudad querida,
por la sangre que corre por mis ma-
[nos,
¡juro que a costa de mi propia vida
sabrá mi amor recuperar tus pla-
[nos!

Extiende al cielo los brazos. Todos le contemplan mudos de emoción. El crepúsculo muere en las cumbres de la Montaña del Sol.

TELÓN

ACTO CUARTO

Torreón de un castillo en las cercanías de Granada. Al fondo tres amplios arcos que dan á las almenas.

A la izquierda, una hoguera. A la derecha una puerta. Trofeos y pertrechos de guerra por todas partes.

Es de noche. La escena aparece iluminada por algunas teas de resina clavadas en los muros y en los pilares de los arcos. Relampaguea.

ESCENA I

OZMIN, ALIATAR y UN PAJE, sentados en escabeles de encina, calentándose en torno de la hoguera.

UN PAJE

Maldita noche. ¿No oís
cómo ruge la tormenta?

OZMÍN

Cómo un jabalí que herido
por una nube de flechas
se abre camino en el monte,
abatiendo las malezas,
así, gruñendo de cólera,
pasa el viento por las selvas.

ALIATAR

En seis años de campaña
por estas salvajes sierras,
nunca he pasado una noche
tan horrible como ésta.

UN PAJE

Tiemblo de miedo, y de frío
mis dientes castañetean...

OZMÍN

Aseguran los espías
que a esta vieja fortaleza
el nuevo Emir de Granada
mañana a sitiarnos llega.

ALIATAR

Sobre el cuerpo de su padre
Alhamar, por el Profeta,
el nuevo Emir, ha jurado
no dar término a la guerra
y llevarla a sangre y fuego,
hasta tanto que no vea
en los muros de la Alhambra
sangrando nuestras cabezas.

UN PAJE

Con temor.

¡Arrasará nuestras casas...
Sembrará de sal las tierras...

ALIATAR

Tantos soldados se agrupan
en torno de sus banderas,
que al avanzar por el llano
bosques de lanzas semejan.

OZMÍN

Pero Abu Ishac no se espanta,
y como a auxiliarnos vengan
los otros walís rebeldes,
ya veréis cómo no quedan
de los muros de Granada
ni aun el polvo de las piedras.

ALIATAR

Desde que dió muerte a Azhuna,
como sabéis, en la sierra
de Elvira, Abu Ishac parece
no un hombre, sino una fiera...
¡Ay, desde entonces su alma
se hizo sorda a la clemencia!
Asola las alquerías,
a los cautivos degüella,
¡y cuánta más sangre bebe,
su espada está más sedienta!

UN PAJE

O encerrado entre estos muros
pasa las noches en vela
con magos y con astrólogos
consultando las estrellas.

OZMÍN

Yo le he visto, a media noche
atravesar las tinieblas
como un fantasma, llamando
en alta voz a Sobeya.
Sus ojos fosforecían
bajo el negror de las cejas,
como los de un lobo oculto
en el fondo de una cueva.

UN PAJE

No sé por qué, pero temo
que esta noche nos suceda
algún mal, porque en mi vida
vi una noche como ésta.

ESCENA IP

Dichos. ABU ISHAC y EL ASTROLOGO, que entran por el arco del centro.

ABU ISHAC

Aproximándose.

¿Qué hacéis, bergantes, rezando
alrededor de esa hoguera?

Todos se levantan aturdidos.

UN PAJE

Disculpándose.

Señor, hace tanto frío,
que hasta el aliento se hiela...

ABU ISHAC

Más frío tendrás desnudo
y colgado de una almena,
como has de estar, si te atreves,
a hablar ante mi presencia...

Avanzando hacia el centro. El paje se echa á temblar.

¡Ozmín, vigila esta torre,
redobla los centinelas,
que una noche tan obscura
es propia para sorpresas!

Todos se inclinan.

OZMÍN

¿No tienes más que mandarme?

ALIATAR

Señor, ¿nada más deseas?

ABU ISHAC

¡Que todos, sobre las armas,
vigilen la fortaleza...
¡y que en los mismos infiernos
despierte aquel que se duerma!

Salen por el arco de la izquierda.

UN PAJE

Al salir, á Aliatar.

Mira... Parecen sus ojos
nubes que relampaguean.

ALIATAR

Idem al paje.

¡Tiene su rostro sombrío,
más pálido que la cera!...

Desaparecen por los arcos.

ESCENA III

ABU ISHAC y EL ASTROLOGO

ABU ISHAC

¿Nada te dicta, astrólogo, tu cien-
[cia,

Sombríamente.

que pueda mitigar esta amargura
que mina, lenta y sorda, mi existen-
[cia
y es para el alma como noche obs-
[cura?
¡Ni una estrella mis pasos ilumina,
y perdido en las sombras de mi
[mismo,
soy como un pobre ciego que ca-
[mina
por los ásperos bordes de un
[abismo!

EL ASTRÓLOGO

Con gravedad.

Ni la virtud austera
que de todo apetito vive ayuna,
y que en las noches de la primavera,
a la luz de la luna,
cuando el deseo hincha su garganta,
de su lecho de piedra se levanta,
y con los ojos fijos en el cielo
a la carne rebelde disciplina,
hasta que sangra y de dolor se in-
[clina,
como una flor de púrpura, en el
[suelo;
ni el vicio a quien sorprende la al-
[borada,
reclinado en el seno de una amante,
la sien de frescas rosas coronada,
y en las manos la copa rebosante...
¡Ni el demacrado asceta,
ni el joven libertino
se podrán evadir de la saeta
que dispara en las sombras el Des-
[tino
¡Y ambos heridos por la misma
[suerte,
bajo el silencio de los ataúdes,
confundirán sus vicios y virtudes
en el árido polvo de la muerte!

¿De qué le sirve al sabio, que
[vidado
de todo vano ruido,
en su encierro, estudiando, ha en-
[canecido
sobre viejos volúmenes curvado
cegar los ojos y quemar las cejas
descifrando borrosas escrituras,
para basar en experiencias viejas
la moral de las máximas futuras?
¡Los signos que su mano va tra-
[zando
asiduamente, con temblor divino,
la esponja de la muerte va borrando
hasta dejar en blanco el perga-
[mino!
Y es inútil su efímera quimera
y son vanos sus frágiles intentos...
¡Como si un loco labrador quisiera
arar las aguas y encauzar los vien-
[tos!

ABU ISHAC

No entiende mi rudeza de soldado
la profunda verdad de tus razones,
ni tampoco a esta torre te he lla-
[mado
para oir consejos ni aprender lec-
[ciones...
¡Sólo pido a tu ciencia que me diga
si algún remedio conocido existe
contra este amor desesperado y
[triste
que el corazón y el alma me ato-
[sig

EL ASTRÓLOGO

Durante treinta años, encerrado
en silenciosas torres, he estudiado
los libros más famosos de la tierra.
Nahxiya me enseñó la Nigroman-
[cia,
y Ahmed, el de Madrid, la Quiro-
[manc
y los secretos que la Alquimia en-
[cierr
Con la piedra llamada heliotropía
cambió la luna en sol, la noche en
[día.
Transformó una montaña, en un
[instante,
en alcázar de genios y de huríes...
Sé trasmutar la lágrima en dia-
[mante,
y la sangre en rubíes,

y en oro el polvo que tu planta
[huella...
¡Y leo todo el porvenir humano
en los rayos de plata de la estrella
y en las confusas líneas de la mano!
A mi voz se despiertan los titanes
y derrumban las sólidas techum-
[bres,
y estallan en la nieve de las cum-
[bi
como flores de incendio, los volca-
[nes.
¡Al soplo de mis labios, los nubla-
[dos
fertilizan los áridos desiertos,
y en los áureos espejos encantados
resucitan las sombras de los muer
[t
Di dónde quieres que mi ciencia
[ejerza
su poder, y yo juro complacerte...
Sólo contra el amor no tengo fuerza,
porque el amor es hijo de la muerte.
Y es más fácil que un muerto cobre
[vida
y de su obscura tumba se levante,
que arrancar la pasión que vive
[unida
a las propias entrañas del amante.
De este amor que te espanta y que
[te asombra
jamás, pobre mortal, librarte espe-
[res...
En la sombra del cuerpo, y ¿cómo
[quieres
de un cuerpo vivo separar su som-
[bra?

ABU ISHAC

Dices bien; arrancarme estos amo-
[res
fuera más que arrancarme la exis-
[tencia...
Sólo le pido, astrólogo, á tu ciencia
bálsamos que mitiguen mis dolores.
Treguas en estas luchas, un mo-
[men
de paz para mi alma, un lenitivo
que aminore este bárbaro tormento.
¡el ¡ay! constante en que muriendo
[viv

EL ASTRÓLOGO

Los bálsamos que pides no son pro-
[pios
de mi ciencia... ¡Tu empeño será
[vano,
porque para el amor no hay teles-
[copios
ni se trasmuta el corazón humano!

Con misterio.

Solamente, Abu Ishac, decirte quie-
[ro
tu horóscopo... ¡Durante cien vela-
[das,
signo a signo, lucero por lucero,
lo han leído en la noche mis mira-
[das

ABU ISHAC

¿Qué enigma para mí guardan los
[astros?

EL ASTRÓLOGO

Decidiéndose. Con solemnidad.

No dicen más, sino que astuta y
[fiera
siguiendo va una víbora tus rastros,
y entre las flores su aguijón te es-
[pera

ABU ISHAC

Displicentemente.

¿Tan sólo ese presagio me ame-
[naza?

EL ASTRÓLOGO

¡En torno de tu estrella vaga una
nube sangrienta que tu suerte en-
[laza
al alfanje de plata de la luna!

Profèticamente.

¡Antes que bruña el sol al océano
y dore esas almenas,
a este castillo llamará la mano
que te ha de librar de tus cadenas!

ABU ISHAC

¡Si me engañas... piedad no esperes
[nunca!
¡Sin que valgan ensalmos ni con-
[juros
del adarve más alto de estos muros
haré que cuelgue tu cabeza trunca
¡Y entonces, tus pupilas embuste-
[ras,
para ejemplo de falsas profecías,
devorarán las aves carniceras
hasta dejar tus órbitas vacías!
Mas si se cumple, en cambio, lo que
[dices,

sabré recompensarte generoso;
y en vez de alimentarte de raíces
en inmundo cubil, como un leproso,
tendrás lechos de púrpura, manjares
exquisitos y túnicas valiosas;
áureas vajillas, siervos y cantares,
y lúbricas doncellas, tan hermosas,
que al desatar sus trenzas en el [viento,
en tu cuerpo decrépito y gastado
harán resucitar, rugiendo ham- [briento,
al león insaciable del Pecado.

EL ASTRÓLOGO

Todos esos tesoros que me ofrecen
tus labios, si quisiera los tendría...
Mezquinos y fugaces me parecen...
Mi recompensa es mi profecía...

Suena bajo la almena el caracol de un viandante.

ABU ISHAC

Volviéndose hacia el arco del centro.

¿No has oído? Debajo de esa almena
resuena el caracol del peregrino...

Abu Ishac se acerca á las almenas.

EL ASTRÓLOGO

Mientras Abu Ishac se dirige al torreón.

¡Es el lúgubre aullido de la hiena
que olfatea la muerte en su camino!

ESCENA IV

Dichos. Un PAJE, OZMIN, ALIATAR, SOLDADOS y PAJES

El paje, seguido de sus compañeros, penetra por la puerta de la derecha. Aliatar, Ozmín y los soldados por el arco de la izquierda. Abu Ishac se vuelve al proscenio. Todos se inclinan ante él. El paje se adelanta.

UN PAJE

¡Señor, al pie del castillo
piden hospitalidad!

ABU ISHAC

Al paje.

Pues al instante el rastrillo
para que pasen, alzad.

A los soldados, señalando la hoguera.

Avivar presto esa llama...

A los pajes.

Formaos de dos en dos...
¡El que a nuestra puerta llama
es mensajero de Dios!

El paje sale por la puerta de la derecha. Los otros pajes forman dos filas hasta la puerta, con las antorchas encendidas. Algunos soldados avivan la hoguera. Ozmín y los restantes se agrupan en torno de los arcos. El Astrólogo se oculta entre ellos.

ESCENA V

Dichos: ALY BEN IBRAHIN, ABUL BEKA, ESCLAVO y SOBEYA vestida de esclavo.

Entre los pajes penetran Aly ben Ibrahim y Abul Beka, por la puerta de la derecha. Detrás de ellos los dos esclavos. Todos vienen envueltos en sus albornoces. Abu Ishac les sale al encuentro, con las llaves del castillo en las manos.

ABU ISHAC

A sus huéspedes.

¡Las manos del Señor, sobre vos- [otros,
su bendición y su poder derramen!...
¡Sed bienvenidos a esta vieja to- [rre...

Inclinándose ante ellos.

Yo mismo a vuestros pies pongo sus [llaves...

ABUL BEKA

Adelantándose y descubriéndose. Aly ben Ibrahim hace lo mismo.

Abu Ishac, ¿nos conoces?

ABU ISHAC

Retrocediendo sorprendido.

¡Abul Beka!
¡Ibrahim!... Mas ¿qué pasa? Di, [qué os trae
en esta noche obscura a mi castillo?
¿Venís como traidores a espiarme?

Amenazante.

¡No esperar compasión!... Habéis [caído
en una madriguera de chacales!
¡Cara habéis de pagar vuestra osa- [día!

A los soldados.

¡Soldados, al momento, desarmar- [les!

Los soldados los rodean.

ALY BEN IBRAHIM

Mostrando el cinto.

Sin armas, Abu Ishac, aquí venimos,
y en vez de guerra te brindamos pa- [ces.

Los soldados retroceden á una señal de Abu Ishac.

En nombre de Muhamad, de nuestro [Príncipe

por muerte de Alhamar, su excelso
[padre,
con el agua y la sal a ti llegamos,
deseosos de acabar con tantos males
como devoran nuestro reino. En
[tanto
que los pastores y los rabadanes,
igual que encarnizados enemigos
se destrozan en bárbaros combates,
sobre nuestros rebaños indefensos
aullando de furor los lobos caen...
y el cristiano cautiva nuestras hijas
y se apodera de nuestras ciudades.

ABUL BEKA

Escúchame, Abu Ishac, lo que te es-
[cribe
el Príncipe Muhamad, que el cielo
[guarde.

Se adelanta al centro de la escena. Saca un largo pergamino sellado con las armas reales de Muhamad II. Leyendo solemnemente.

En nombre del Dios Unico, genero-
[so y clemente,
yo, Muhamad, primogénito del Emir
[Alhamar,
azote del impío y amparo del cre-
[yent
sostén y fortaleza de los hijos de
[Agar,
a tí, Abu Ishac, caudillo y walí de
[Comares,
te mando en este pliego mi regia
[bendición...
¡Que como el sol serena la furia de
[los mares
la paz de Dios descienda sobre tu
[corazón!
Deseoso de que acabe la lucha fra-
[tricida,
que de todos los fieles baña en llan-
[to la faz,
mi corazón magnánimo las ofensas
[olvida,
y con Aly te mando mis saludos de
[paz.
Todos cuantos castillos te he toma-
[do en la guer
privilegios y honores, te juro devol-
[ver.
Perdonaré a tus siervos, aumentaré
[tu tierra,
y al frente de mis huestes de nuevo
[te has de ver.
Más que el Sol y los astros brillará
[tu fortuna.
Solamente una cosa te tengo que
[exigir
que me entregues los planos que le
[quitaste a Azhuna
al llevarle a tus plantas su destino
[a morir!
Con ellos el alcázar que corona Gra-
[nada,
para pasmo del mundo, podremos
[terminar...
¡Juré recuperarlos, con la paz o la
[espada,
junto al lecho de muerte de mi pa-
[dre Alhamar!
Si te niegas, no esperes de mi pie-
[dad seguros;
caeré con mis leones sobre ese to-
[rreón...
Degollaré tus gentes, arrasaré tus
[muros,
y ni muerto ni vivo obtendrás mi
[perdón!

ABU ISHAC

Rompiendo impetuosamente el silencio y la expectación de todos.

Aunque tuviese que vagar errante
sin patria y sin hogar, sin un amigo,
arrastrando mi planta sanguinante,
pordioseando el pan como un men-
[digo,
De vereda en vereda,
huyendo sin cesar, como uno de esos
perros hambrientos, a quien sólo
[queda
la sarna de la piel sobre los huesos,
y en cruz los brazos, sin cerrar los
[ojos,
en medio de esas ásperas montañas
quedasen insepultos mis despojos
para pasto de cuervos y alimañas;
y me ofrecieran, con la vida, el oro
y todas las riquezas de la tierra...
¡cuanto en los cielos y en el mar se
[encierra!...
¡Al Emir no entregaba mi tesoro!...
Antes que darle eso, le daría
el alma, el corazón... la vida en-
[tera...
¡Aun cuando el propio Dios me los
[pidiera,
a dárselos a Dios me negaría!

ALI BEN IBRAHIM

Mas la muerte de Azhuna, ¿no ha
[extinguido
el odio de tu pecho?

ABU ISHAC

Sacando de la escarcela los planos y mostrándolos.

¡No!... Perdura
más hondo, más tenaz, más encen-
[dido.
¡La herida de las almas no se cura!
Es la única prenda que poseo;
mi odio, mi amor, mi última espe-
[ranza.
¡De mi ruda venganza fué trofeo...
y nadie ha de arrancarme mi ven-
[ganza!
Ojo por ojo, sí... muerte por muer-
[te...
Extinguiré del todo su memoria...
¡El me robó mi amor, y yo,
[fuerte,
para vengarme, le quité su gloria!

ALI BEN IBRAHIM

¿Pero por qué esos planos conser-
[vaste?

ABU ISHAC

Ellos son testimonio de mis duelos...
¡Oh, pobre viejo, como nunca
[amaste,
nunca podrás saber lo que son ce-
[los!
El no murió del todo... Aún vive
[para
mi odio insaciable... Al estrujar sus
[planos
siento un goce infernal, cual si es-
[trujara
su propio corazón entre mis manos
Y cuando me atormenta su recuerdo,
en mis ímpetus ciegos y dementes
como un perro famélico, les muerdo
hasta hacerlos sangrar entre mis
[dientes!

Oculta los planos en la escarcela.

ABUL BEKA

Acercándosele, y en tono conciliador.

¡Tu resistencia y tus recursos mide,
Abu Ishac! No te ciegues... Refle-
[xiona...
Bien poca cosa nuestro Emir te
[pide...
En cambio de esos pliegos, te per-
[dona...
Acalla tu rencor... Piensa en tu es-
[tado...
El walí de Guadix ya se ha rendido,
y el de Málaga parias ha jurado...
Uno a uno, tus pueblos han caído
bajo nuestro poder... Sólo te resta,
contra todas las fuerzas de Granada,
un puñado de hombres dentro de esta
torre, por nuestro ejército sitiada.

ABU ISHAC

En un arranque de orgullo.

El temor que la vil canalla siente
en generosos pechos nunca anida
ni abate un noble su arrogante frente
por salvar los harapos de su vida.
Decidle a vuestro amo que la tierra,
los planos... y la sal, todo le niego...
De mí no espere sino cruda guerra
y eterna destrucción a sangre y fue-
[go!
Contra todas las fuerzas de Granada
tenaz combatiré de noche y día...
¡A nuestro Emir decidle que mi es-
[pada
a él... y a su reino entero desafía...
Ni su amistad ni su perdón anhelo
y a la lucha sus ímpetus emplazo...
¡No espero más socorro que el del
[cielo
ni busco más defensa que mi br
Y si nadie, ni el cielo me socorre,
no espere que me rinda fatigado...
¡Me encerraré en los muros de esta
[torre
y en sus escombros moriré aplasta-
[do

ABUL BEKA

Conciliador.

Pero escucha y medita lo que digo.
Si es noble sucumbir bajo el acero,
morir de hambre y de sed como un
[mendigo
es afrenta y baldón para un gue-
[rrero.
El hambre es dura, y pueden tus
[soldados
ante la tienda del Emir llevarte
como un cordero, con los pies ata-
[dos,
y en ofrenda de paz sacrificarte.

ABU ISHAC

Se vuelve hacia los suyos. En voz alta.

Guerreros, el Emir la paz nos brin-
[da...
Todos habéis oído su embajada...
¿Queréis, valientes, que mi alfanje
[rinda
ante el nuevo tirano de Granada?

LOS SOLDADOS

Golpeando con las armas los escudos.

¡No!... ¡No!... ¡Nunca!

ABU ISHAC

¡Socorro no esperéis!

OZMÍN

Adelantándose.

Señor, los defensores del castillo
prefieren ser pasados a cuchillo
a que treguas o paces concertéis.

SOLDADOS

Gritando.

¡Guerra a muerte pedimos!

ABU ISHAC

Mirando fijamente á los suyos.

Si hay acaso
alguno, entre vosotros, que quisiera
abandonar ahora mi bandera,
puede libre salir... franco está el
[paso

OZMÍN

Adelantándose.

¡Defendiendo a tu lado estas almenas
[n
todos triunfar o sucumbir queremos!

ALIATAR

Idem.

¡Nuestra sangre por ti derramare-
[mos
hasta dejar exhaustas nuestras ve-
[nas

ALY BEN IBRAHIM

Con un resto de resignación.

De convencerte ya no encuentro
[modo
y del encargo del Emir desisto...
¡Dios te ampare, Abu Ishac!...

Se dispone á salir.

ABU ISHAC

¡Decidle todo
cuanto habéis escuchado y habéis
[visto

ABUL BEKA

De tu propia desgracia eres cau-
[sante...

ABU ISHAC

¡Decir que entre nosotros, en la tie-
[rra,
sólo habrá desde hoy en adelante
eterna destrucción y eterna guerra!

ALY BEN IBRAHIM

Está bien, Abu Ishac... Tú lo has
[querido...

ABUL BEKA

¡No te quejes a nadie de tu suerte!
¡En tus manos las paces has tenido!

SOLDADOS

¡No queremos las paces!... ¡Gue-
[rra a muerte!

Salen Aly ben Ibrahim y Abul Beka por la puerta de la derecha, precedidos de pajes con antorchas. Abu Ishac les despide.

EL ESCLAVO

Al ir á partir, en voz baja á Sobeya, en el centro de la escena.

Vente, Sobeya. Atiende a mis razo-
[nes...

SOBEYA

En voz baja.

¡Parte, esclavo! Tus ruegos serán
[vanos...
Al pie de estos bermejos torreones
espera oculto... ¡Te echaré los pla-
[nos!

Se va el esclavo detrás de sus señores. Sobeya se vuelve hacia el arco de la izquierda y se oculta entre los soldados.

ESCENA VI

TODOS, menos ALY BEN IBRAHIM, ABUL BEKA y EL ESCLAVO

SOLDADO I

Contemplando á Sobeya, que intenta ocultarse entre los soldados.

¡Traición!

Caen sobre ella y la sujetan. Aliatar acude.

ALIATAR

A Abu Ishac.

Aquí un esclavo se ha escondido.

Los soldados, en actitud amenazadora, se arremolinan en torno de Sobeya. Abu Ishac se vuelve al centro de la escena.

OZMÍN

Arrastrando á Sobeya hasta Abu Ishac.

¡Contempladle, señor!

Sobeya permanece indiferente entre las manos de los soldados.

ABU ISHAC

Mirándola fijamente.

Dime, ¿qué quieres?
¿Por qué con tus señores no te has [ido?

SOBEYA

Con voz trémula.

Tengo que hablarte a solas...

ABU ISHAC

Receloso.

¡Tú! ¿Quién eres?

SOBEYA

Descubriéndose el rostro.

¿No me conoces, Abu Ishac?

ABU ISHAC

Sorprendido.

¡Sobeya!

Los soldados la sueltan. Abu Ishac se vuelve hacia ellos y les dice con voz áspera.

Idos todos... ¡Dejadnos un instante!

Los soldados salen por los arcos.

EL ASTRÓLOGO

Aparte, junto al fuego.

La víbora ha pisado el caminante...
¡Adiós, Señor!

A Abu Ishac, dirigiéndose al arco de la izquierda.

Aparte, al salir.

¡Se cumplirá tu estrella!

ESCENA VII

SOBEYA y ABU ISHAC, solos, en el primer término.

ABU ISHAC

No queriendo creer en lo que ve.

¡Oh, visión fugitiva y misteriosa!
Dime pronto ¿qué es esto? ¿A qué [conjuros
les debo tu presencia entre estos mu- [ros
que eran para mi amor como una [fosa?
¡Por fin llegaste al alma que te es- [pera!...
Ante mis ojos sonreir te veo,
y te tocan mis manos... ¡y no creo
que seas realidad, sino quimera!...
Mas quimera o mujer, ¡sé bien ve- [nida!...
Ensueño o realidad, ¡bendita seas!

Acercándose á ella, en voz baja.

Para venirme a ver, di, ¿qué deseas?
¡Tuyo es mi corazón, tuya es mi vi- [da!...
¡Pero háblame, que escuche yo tu [acento
y pueda convencerse mi esperanza
que no eres sombra que intangible [avanza
para morir al soplo de mi aliento!

SOBEYA

Aproximándose y mirándole fijamente.

¡No soy sombra, Abu Ishac! ¡Mí- [rame; toca
la fiebre de mis manos; ve mi frente
pálida, la sonrisa de mi boca
y el resplandor de mi mirada ar- [diente!
¿No me conoces ya? ¿Acaso es para
tu corazón voluble mi figura
como un muerto olvidado que se al- [zara
de pronto de su negra sepultura?

ABU ISHAC

Tu voz vierte su música en mi oído...
La escucho... y de escucharla no es- [toy cierto...
¡Oh, déjame soñar si estoy dormido,
o morir de placer si estoy despierto!

Pausa. Se queda contemplándola estático. De pronto se agita convulsivamente. Desconfiando y retrocediendo de súbito.

¿A qué vienes aquí? Dime, ¿a qué [vienes,
que vacila al andar tu frágil planta
y me hablas... y temblando te de- [tienes
cual si el temor ahogase tu gar- [ganta?

Recuperando la confianza y acercándosele.

Mas aunque llegues como loba ham- [brienta,
curvas las garras y erizado el vello,
de mi sangre sedienta
a clavarme los dientes en el cuello
y a devorar después mi vida entera...
¡Bendita seas por haber venido
para hacer sonreir por vez primera
a estos labios que nunca han son- [reído!

SOBEYA

Deslumbrándole con su belleza.

Mira la palidez de mi semblante,
este temblor continuo, mi mirada,
que en la tuya se clava suplicante
cual la de una gacela acorralada!
Apenas a tu vista me sostengo...
De angustia y de rubor muero á tu
[lado...
¡Porque a decir a tu esperanza ven-
[go
lo que siempre mis labios te han ca-
[llado!

Haciendo un esfuerzo horrible.

Tú no sabes lo horrible de esta lu-
[cha...
Tanto sufre mi ser, que ya no puedo
resistir mi pasión... Escucha... es-
[cucha
cómo tiembla mi voz de gozo... y
[miedo.

Luchando aún con los más encontrados afectos.

A decírtelo el labio se me niega...
mas lo dirá mi alma temblorosa...
¡La que ayer se negaba a ser tu es-
[posa
como una esclava ante tu amor se
[entrega!

Se queda mirándole.

ABU ISHAC

No queriendo dar crédito á sus ojos. Retrocediendo.

Mas no... no puede ser... ¡Estoy de-
[mente!
Tu voz me engaña, y en tu blanco
[seno
escondes entre flores la serpiente
que infiltrará en mi sangre su ve-
[neno.

Fascinado por Sobeya; mirándola ávidamente.

Mas ¿qué importa la muerte? ¿Qué
[me importa
que me engañes o no? ¡Sigue min-
[tiendo,
que tu sonrisa al cielo me transporta
y la gloria en tus ojos estoy viendo!
Por pensar que la fuente del camino
puede tener el agua envenenada,
¿dejara de saciar el peregrino
la sed que hace imposible su jor-
[nada?

En un arranque de amor, ebrio de felicidad

Me traiciones o no, déjame verte...
He de saciar en ti la sed que siento,
y si al beber tus labios me dan
[muerte,
como son tuyos, moriré contento.

SOBEYA

Acercándosele más, con los ojos fijos en los de él.

¡Mírame! No te engaño... Olvida,
[olvida
ese tenaz recuerdo que te agobia...
¡Aquí me tienes, Abu Ishac, vestida
y temblando de amor como una no-
[via!
¿Para qué, vanamente, atormentar-
[nos?
Un amor inmortal vengo a ofrecer-
[te...
Nadie podrá de nuevo separarnos...
¡Soy tuya... y seré tuya hasta la
[muerte!

Envolviéndole en su mirada.

¿Quién habla de recelos y de eno-
[jos?
¡Fué el pasado sangrienta pesadilla
que pronto borrará de nuestros ojos
el nuevo sol que en el Oriente brilla!
De apagar nuestra sed llegó la ho-
[ra...
¡Sacia en mi tu pasión ardiente y
[fiera!
Destrózame... Mi corazón devora...
¡Mas deja, deja que en tus brazos
[muera!

Abu Ishac la estrecha ansiosamente en sus brazos.

ABU ISHAC

En un vértigo de amor.

La misma realidad supera al sue-
[ño...
¿Qué me importan los celos y la ira,
si soy dueño del mundo al ser tu
[dueño?
Esto es vivir, y lo demás... ¡men-
[tira!
¡Dios mismo en tus pupilas resplan-
[dece;
me inunda como un mar tu cabe-
[llera,
y al ceñirte en mis brazos me parece
que estrecho en ellos la creación en-
[tera!

¡Deja, deja que en ciego desvarío
beba la eternidad que hay en tus be-
[sos,
y que estreche tu cuerpo contra el
[mío
hasta que crujan de placer tus hue-
[s

Vuelve á abrazarla.

De gozo el corazón salta a pedazos...
¡Es demasiado gloria tu cariño!...
¡Mírame agonizar entre tus brazos,
sollozando de amor igual que un
[niñ

SOBEYA

Mi labio torpe a traducir no acierta
la inmensa dicha que mi pecho
[siente...
¡Entre tus brazos soy como una
[muerta,
condenada a callar eternamente!

ABU ISHAC

Mirándola hasta el fondo de los ojos, y oprimiendo su cuello entre sus manos.

¡Mas ¡ay!, que a veces en tus ojos
[veo
algo que de mí viene a separarte
para siempre, y mi amor siente el
[deseo
imperioso y brutal de asesinarte!

Sobeya le contempla suplicante. Abu Ishac la suelta.

Mas no temas mirar tu vida rota...
Toda mi rabia contra ti se pierde...
¡Si me odiases aún, mis venas
[muerde
y bébete mi sangre, gota a gota!
¡Cumple en mí la venganza más ar-
[tera,
condéname al más bárbaro tormento
mas deja al menos que en tus brazos
[muera,
absorbiendo tu alma con tu aliento!

SOBEYA

Con resentimiento.

¡Cómo me hieren tus palabras ru-
[das!...
Colérico y cruel conmigo eres...
Si te vengo a bucsar, ¿para qué du-
[das?
Si estoy entre tus brazos, ¿qué más
[quieres?
Razón no tienes ya para quejarte;
mas quiero ser leal y te perdono...
¿Qué cosa más aún puedo entr
[garte,
si mi cuerpo en tus brazos aban-
[dono?

ABU ISHAC

¡Yo arrancaré del pecho estos ren-
[cores
por no verte sufrir, Sobeya mía!
¡Quien está acostumbrado a los do-
[lores
no puede resistir una alegría!
Tú misma has de imponerme la con-
[dena
que merezco. Mas siéntate a mi la-
[do...

La sienta á su lado, en un escabel, junto al fuego.

La luz ya va a surgir. ¡La vida es
[buena,
y todo está para el amor creado!
Antes de tu venir no existió nada;
fuera de nuestro amor todo es va-
[cío...
¡Clava en mis tristes ojos tu mirada,
y junta el labio con el labio mío!

La estrecha en sus brazos. Pequeña pausa.

Todo va en esos campos renaciendo

Mirando hacia las almenas.

al resplandor fecundo de la aurora...
¡El pasado es la sombra que va hu-
[yendo
y nuestra vida empieza desde ahora!
Por el presente tu pasado olvida...
¡Para gozar de esta pasión sincera,
aquí nos queda aún toda una vida,

Señalando al cielo.

y luego allá, la eternidad entera!
¡Y aunque la eternidad fuese un de-
[mente
y efímero anhelar del alma avara,
para poder amarte eternamente
este amor infinito la creara!

Sacando los planos de la escarcela.

¡Para que al par nuestro pasado
[muera
y empezar a vivir, mis propias ma-
[nos
en las voraces llamas de esa hoguera
van a quemar mis celos y estos pla-
[nos!

Al ir á arrojarlos, Sobeya se los arrebata súbitamente, alzándose en un supremo gesto de triunfo. Abu Ishac se queda un momento

atónito. Después se levanta interponiéndose entre Sobeya y el arco del centro.

SOBEYA

¡Ya están en mi poder! ¿Qué te has [creído?
¿Pudo abrigar tu amor una espe- [ranza?
Sólo por ellos hasta aquí he venido...

Con los brazos tendidos al cielo.

¡Azhuna, ya he cumplido mi ven- [ganza!

ABU ISHAC

Acercándosele amenazador.

No podrás escaparte... Serás mía...

SOBEYA

Retrocediendo, pero con energía.

Mi odio es tan grande y tan deses- [perado,
que desgarrar mi cuerpo desearía
sólo porque tus manos lo han to- [cado!

ABU ISHAC

Cayendo sobre ella.

Con tus propias palabras te conde- [nas...
Estás en mi poder...

SOBEYA

Sacando de pronto un puñal y clavándoselo en el pecho.

¡Inútilmente!
¡Ya mi puñal emponzoñó tus venas
con todos los venenos del Oriente!

ABU ISHAC

Vacila un momento, pero se alza y estrecha entre sus manos el cuello de Sobeya.

Mas mi venganza no acabó del to- [do...
Entre mis manos voy a estrangu- [larte...

Sobeya le mira desencajada, y Abu Ishac le suelta el cuello, aunque la retiene en sus brazos.

No me mires, Sobeya, de ese modo...

Con la voz débil y dolorida.

¡Prefiero que me mates a matarte!
¡Morir de odio o de amor, me da lo [mismo,
con tal de sucumbir entre tus ma- [nos!

SOBEYA

Forcejeando por separarse de Abu Ishac.

Entre nosotros dos se abre un abis- [mo...

Se desprende de Abu Ishac y corre á las almenas, agitando los planos.

Esclavo, ¿estás ahí?... ¡Toma los [planos!

Abu Ishac quiere seguirla y se desploma bajo el arco del centro. Sobeya arroja los planos.

ABU ISHAC

Agonizante.

¡Oh, Sobeya!... ¡Traición!...

SOBEYA

Gritando, inclinada sobre las almenas.

Huye, no esperes...
¡Corre, esclavo, veloz, y di a Gra- [nada
cómo mueren por ella sus mujeres!

Se vuelve triunfalmente.

¡Su gloria se salvó!... ¡Ya estoy [vengada!

ESCENA ULTIMA

Dichos. OZMIN, ALIATAR, EL ASTROLOGO, PAJES y SOLDADOS

Penetran precipitadamente por todos lados. La luz de la aurora empieza á clarear.

ALIATAR

Entrando.

Mas ¿qué pasa?

UN SOLDADO

Viendo el cuerpo de Abu Ishac tendido bajo el arco y señalándosele á los que entran.

¡Traición!

Todos se aproximan.

OZMÍN

Inclinándose sobre Abu Ishac.

Di ¿quién te ha herido?

SOLDADOS

Llenos de horror, en torno de Abu Ishac.

¡Traición! ¡Traición!

OZMÍN

Levantándole la cabeza en su brazo.

¡Contéstame!

ABU ISHAC

Abriendo los ojos y espirando, como en un suspiro.

¡Sobeya!

Todos se inclinan. Aliatar le coloca la mano sobre el corazón.

ALIATAR

¡Su corazón no tiene ya un latido!

OZMÍN

Cerrar sus ojos...

EL ASTRÓLOGO

Apareciendo entre los soldados y tendiendo los brazos al cielo.

¡Se cumplió su estrella!

Los soldados descubren á Sobeya, que ha permanecido reclinada en el ángulo de las almenas, y se dirigen á ella con las espadas desnudas.

SOLDADOS

¡Aquí está ya!

Señalando á Sobeya.

OZMÍN

Sosteniendo á Abu Ishac, á los soldados.

¡Clavadle vuestros hierros!

ALIATAR

Idem íd.

¡Matadla!

UN PAJE

Dirigiéndose resueltamente, con las espadas desnudas á Sobeya.

¡Sí, te despedazaremos,
y desde estas almenas echaremos
tus sangrientas piltrafas a los pe
[rros

SOBEYA

Tendiendo los brazos al cielo, como quien cumplió un voto.

¡Granada, mi palabra está cum
[plida
¡Azhuna, ya he salvado tu memo
[ria!...

Volviéndose á los soldados, en un gesto orgulloso de desafío, mostrándoles el pecho.

¿Qué me importa morir?... ¡La
[muerte es vida
cuando es por el Amor o por la Glo
[ria

Los soldados gritando la acometen...

TELÓN RÁPIDO

Francisco Villaespesa

Tintura Mora

No tiene rival para teñir el cabello, castaño o negro; no daña ni ensucia.-Venta: principales perfumerías y droguerías. Depósito: E. Sarra, Ronda San Pedro, 7, Barcelona.

¡¡EUREKA!!

El calzado más práctico de España

11, NICOLÁS MARÍA RIVERO, 11

Compañy Fotógrafo

FUENCARRAL, 29

:: MADRID ::

Publicidad en La Novela Corta

Agencia exclusiva para Cataluña y Extranjero

Roldós y Compañía

Rambla del Centro, 37

Barcelona

Números publicados por LA NOVELA CORTA

1. **Benito Pérez Galdós:** Sor Simona.
2. **Joaquín Dicenta:** El hijo del odio.
3. **Hoyos y Vinent:** El caso clínico.
4. **Pardo Bazán:** La aventura de Isidro
5. **Cristóbal de Castro:** Pluma al viento.
6. **Manuel Linares Rivas:** El poder de la ilusión.

   Répide: El camino de los brazos.
7. **Manuel Bueno:** El umbral del drama
8. **Colombine:** Villa María.
9. **García Sanchiz:** El baile.
10. **Dicenta:** Garcés de Marsilla.
11. **Eugenio Noel:** El „allegretto" de la Sinfonía VII.
12. **Pérez Zúñiga:** El gran bromazo.
13. **Pérez de Ayala:** Luz de domingo.
14. **Zamacois:** Los últimos capítulos.
15. **Francisco Villaespesa:** El caballero del milagro.
16. **Emilio Carrere:** Bienaventurados los mansos.
17. **Dicenta:** Juan José. Núm.° Extr.°
18. **Felipe Trigo:** El Moralista.
19. **Diego San José:** La niña de plata.
20. **Prudencio Iglesias Hermida:** La última noche del Pirata Barbarroja.
21. **Linares Rivas:** El Sembrador.
22. **Villaespesa:** El Alcázar de las Perlas. Núm.° Extr.°

ADVERTENCIA

Las suscripciones se sirven **desde el primer número**, si así se solicita.

Juan Angel Sánchez-Guzmán

Cosechero exportador de vinagres puros de vino

Bodegas en Yepes - Toledo

PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA

Cabeza sana

La desidia es casi siempre la causa de que haya tantas cabezas calvas, o con placas, o con caspa. Usando el agua **La Flor de Oro,** que limpia y tonifica el cabello, curaréis y evitaréis sus enfermedades, conservándolo abundante y con su color primitivo.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

2.ª columna

Estudiantes

Ciencias, ingeniería, peritajes, etc. Os urge dirigiros a A. Menéndez, Cortes, 474, Barcelona

La Novela Corta

Tarifa de anuncios especial
para números extraordinarios

Última página, entera, a dos colores

Mil pesetas

Media página

500 pesetas

La Novela Corta es la revista que por el prestigio de sus colaboradores y su enorme difusión cotiza a más alto precio que ninguna otra publicación española su tarifa de anuncios

ARTRITISMO·REUMA·GOTA
PIPERAZINA DR. GRAU

Tipografía, Antonio Palomino, 1.-Madrid.